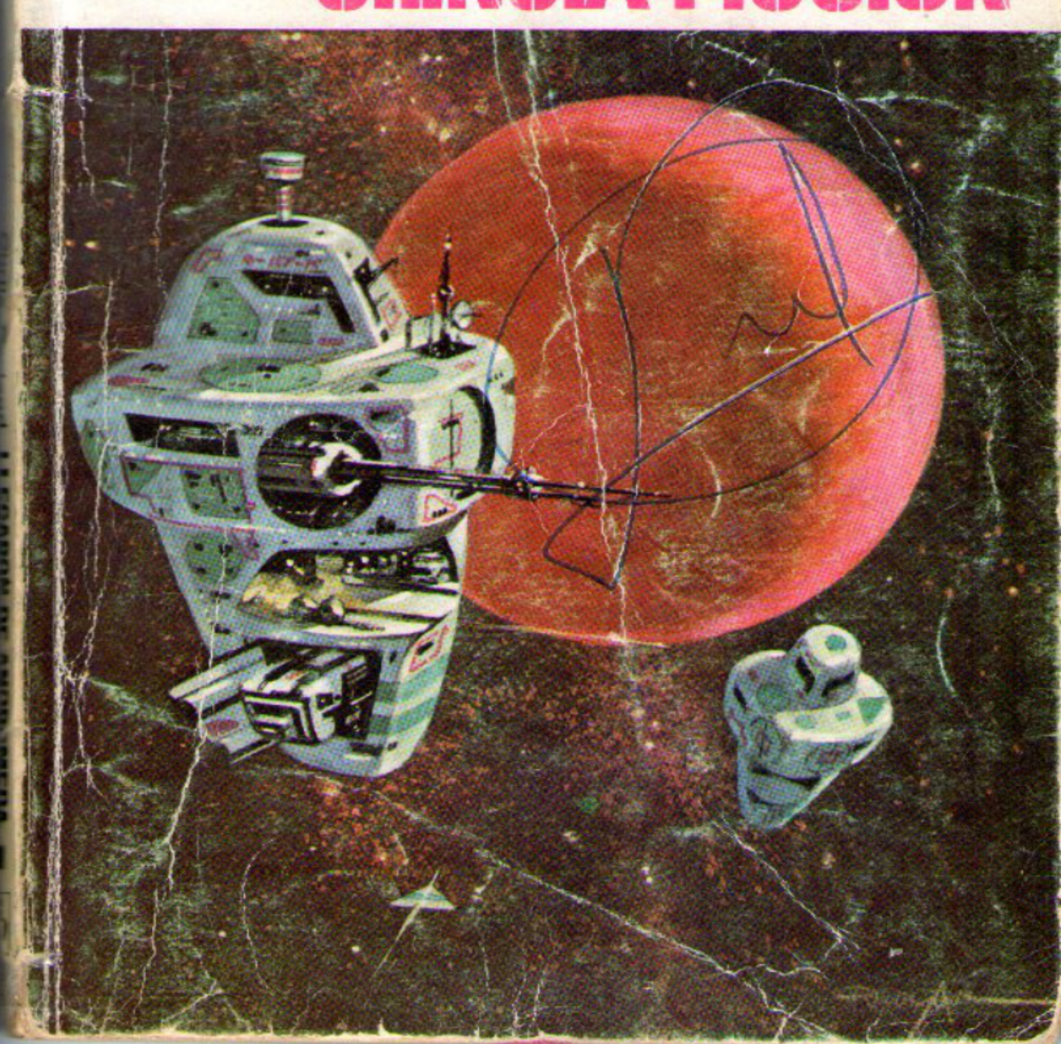
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LLEGARON DE ANDROMEDA

Curtis Garland

CIENCIA FICCION




eb
LA CONQUIST
DEL ESPACI

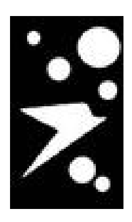
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

387 - Pánico en el planeta "X" - *Curtis Garland*
388 - La ira del espacio - *Clark Carrados*
389 - Supervivencia - *Ralph Barby*
390 - Caravana a las estrellas - *Glenn Parrish*
391 - El mayor caradura de la galaxia - *Joseph Berna*

CURTIS GARLAND

LLEGARON DE ANDRÓMEDA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 392
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 46.979 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

PRÓLOGO

Llegaron de Andrómeda.

Fueron los primeros en hacerlo. Y nadie se dio cuenta de ello.

Eso formaba parte de su misión. De su astucia para ir cumpliendo punto por punto su plan. Después de todo, la primera fase del mismo consistía en llegar sin que nadie advirtiese que lo hacían. En caso contrario, todo se derrumbaría desde su propia base.

Y eso había que evitarlo. «Ellos» eran muy inteligentes, muy astutos. Sabían cómo hacer las cosas, una vez alcanzado un objetivo.

Esta vez, ese objetivo era aquel planeta azul.

Un planeta llamado Tierra, situado en otra Galaxia, muy lejana de la de «ellos». Andrómeda estaba lejos. Muy lejos. A casi dos millones de años luz. Era una distancia fabulosa para ciertas especies inteligentes, como la terrestre. Totalmente inalcanzable en la práctica. Pero no para «ellos».

Por eso llegaron a la Tierra aquella noche. Sigilosa, cautamente. Sin que fuese ni siquiera imaginada su presencia allí. Por tanto, mucho menos pudo ser advertida por ser viviente alguno.

O tal vez sería más exacto decir que no fue advertida por ser *humano* alguno. Porque, después de todo, fue advertida por *alguien.* Por un humilde *animal,* a cuyo conocimiento nada podía significarle la presencia de aquellos extraños.

Y sin embargo...

Sin embargo, ese infortunado animal fue su primera víctima.

Era un simple perro vagabundo, deambulando sin rumbo fijo por la ciudad pequeña y provinciana, en la noche ligeramente cálida, húmeda y nublada. Había estado ladrando poco antes frente al restaurante de *Sweeney*, y poco más tarde ante la tienda de *herr* Krauss. De ambos sitios sacó tajada. La camarera de *Sweeney* le echó los restos de unas hamburguesas que ningún ciudadano, por hambriento que estuviera, hubiese podido digerir. Pero que el buen perro sin dueño engulló felizmente, tan contento. Sus posteriores ladridos ante la tienda de *herr* Krauss, apiadaron el corazón del alemán que le suministró una estupenda salchicha. Con semejante festín, el perrillo se sentía feliz esa noche. Bostezó, más de sueño que de hambre ya, contra su costumbre habitual, y buscó un sitio apacible, lejos de las calles, de las carreteras y de las gentes molestas o de dos automóviles irritantes.

Ningún sitio mejor para ello que los sembrados de la granja McCloskey, allí mismo, a cosa de una milla escasa de las primeras luces de la población. Los altos setos que separaban la alambrada de la granja de la carretera

general, eran una garantía de reposo y de aislamiento de toda molestia exterior.

De modo que el buen perrillo satisfecho, sin ningún cansancio por recorrer la milla escasa, con su estómago bien repleto esa noche, echó a andar por el arcén de la vía de asfalto, y pronto estuvo en el lugar elegido. Antes, se detuvo un momento en el arroyuelo de las tierras vecinas, y tomó una dosis de agua. Eso completó su satisfacción. Emitió un corto ladrido de alegría, cruzó los setos con su peculiar habilidad, y penetró por entre las alambradas fácilmente, buscando una zona con abundante hierba y tierra blanda, donde posar su cuerpo y dormir hasta el nuevo día, que quizá no sería tan venturoso como el actual.

O, al menos, eso pensaba él, con su mentalidad de perro satisfecho. Cosa que no siempre, por desgracia, se producía en la dura vida de vagabundeo canino.

Para desgracia suya, el perrillo había elegido una mala noche para dormir en calma y sosiego, tras su insólita cena. Fue la peor de las noches.

Porque eso le puso en el camino de *algo* que no era de este mundo. *Algo* que ya estaba en el planeta Tierra, esperando acontecimientos.

El primer ser viviente con quien tropezó ese algo, fue para desgracia suya, el simpático perrito vagabundo.

El animal se detuvo bruscamente, cuando iba camino de su refugio de aquella noche. Algo atrajo su curiosidad. Husmeó, como desorientado. Había una singular perplejidad en sus ojos perrunos, cuando los fijó en aquello que no recordaba haber visto antes. O que posiblemente le recordaba alguna otra forma de existencia, pero no exactamente igual, ni mucho menos.

Quizá un sentido puramente instintivo del peligro, inherente a todos los animales, le hizo por un momento recular, emitiendo un gruñido de recelo, que dejó exhibir sus dientes. Por un instante, dio la impresión de que, en vez de seguir curioseando, iba a saltar sobre lo que atraía su interés, con toda la agresividad de que era capaz.

Sin embargo, no llegó a eso. El objeto de su interés se movió. Y al hacerlo, pareció ejercer sobre él una rara influencia. Se detuvo. Dejó de gruñir. Luego, lentamente, avanzó hacia la «cosa» en movimiento.

Llegó cerca. Muy cerca. Casi llegó a reaccionar de nuevo, apartándose de ello por miedo. Pero el influjo sobre su voluntad era mayor que su pánico. Dio otros pocos pasos. Se inclinó sobre lo que contemplara junto a aquella charca oscura, entre los matorrales y las alambradas.

Inclinó el hocico, estiró las orejas, emitió un leve aullido lastimero, como si presintiera la muerte,

Y la muerte estaba allí.

La muerte era para él.

Un instante más tarde, «*algo*» se apoderó de él. El perrillo quedó inmóvil unos segundos. Luego, empezó a temblar. Eran como espasmos. Algún dolor intolerable y atroz debió llegar a herir las fibras más profundas de su ser,

porque de súbito emitió un aullido largo, desgarrador,

Luego, lo que sucedió allí, en la soledad campestre, hubiera erizado los cabellos al ser más sereno. Lo que se desarrolló oscuramente en un rincón de la campiña mojada por la reciente lluvia, hubiese resultado increíble y aterrador para cualquiera.

Pero no hubo testigos. Nadie vio nada. Nadie presenció el fin de aquel pobre perro vagabundo, primera presa de una fuerza llegada de otros lugares del Universo, de una remota galaxia.

Quizá de haber sido así, todo hubiera ocurrido de muy distinta manera. Porque aquél era el principio. El inicio de toda la tremenda tragedia que iba a conmover a los seres del planeta Tierra.

Pero nadie supo cómo empezó. Nadie estaba cerca del inofensivo perrillo que, por azar del destino, fue el primero en cruzarse en el camino de la «cosa» llegada de otros mundos.

Momentos más tarde, en la noche húmeda, oscura y desapacible, un pequeño perro vagabundo sufría la más espantosa y delirante transformación, convirtiéndose en una forma de vida capaz de helar la sangre en las venas a cualquiera.

Y eso, era sólo el principio...

Porque los que llegaron de Andrómeda, ya estaban en el planeta Tierra. Ya habían conocido al primer habitante del mundo en que se hallaban. Y no había sido nada difícil someterte a su terrorífico poder...



Brian Sheldon jamás tuvo relación alguna con los problemas del espacio en toda su vida. Ni tuvo nunca la más leve sospecha de que pudiera llegar a relacionarse con tales asuntos en ningún momento.

Brian Sheldon, por el contrario, era hombre que había vivido siempre con los pies muy pegados al suelo, pensando solamente en los problemas de este planeta, que al fin y al cabo eran también en gran medida sus propios problemas.

Sin embargo, el destino había elegido caprichosamente su personaje para una tragedia insospechada, y ese personaje no era otro que Brian Sheldon.

Toda la posible relación que pudiera tener él con el espacio exterior, podía limitarse, hilando muy fino, a la Ciencia Ficción.

Porque Brian Sheldon había leído numerosas obras del género durante el tiempo que estuvo en aquella estancia de forma cuadrangular, fría y odiosa, de la que solamente salía para trabajar en los talleres penitenciarios durante las horas laborales, o para pasear por el patio en los momentos de ocio.

Esa había sido su existencia durante varios años. Le sobró tiempo para

leer. Y es a lo que con más ahínco se dedicó, especialmente cuando logró ser nombrado bibliotecario de la penitenciaría, y pudo tener fácil acceso a todos los volúmenes. Mezcló toda clase de lecturas, pero acaso por la limitación asfixiante de espacio en que su vida se desenvolvió durante todo ese tiempo, Sheldon terminó por aficionarse muy especialmente a la ficción científica, acaso por lo que tenía de evasión, de amplios espacios, de ilimitados horizontes, del anhelado sueño del hombre de trasladarse a otros mundos, estrellas o galaxias. ¿Cuándo podía apetecer más al hombre esos vuelos inconmensurables, esos periplos fantásticos por los sistemas solares, que cuando sus más elementales libertades estaban reducidas a la nada, cuando cuerpo y alma se sentían aherrojados, angustiosamente encerrados entre rejas, celadores y muros inaccesibles?

Clarke, Asimov, Henlein o Ellison, fueron sus compañeros de muchas y muchas horas de silencio, de abstracción, de lectura apasionada, de evasión mental de la cruda y demoledora realidad.

Pero ahora, todo eso se había terminado. Brian Sheldon ni siquiera recordaba en estos momentos a sus autores favoritos, o todas las obras leídas en los largos días de encierro.

Porque ahora, todo era diferente al fin.

Ahora, estaba libre.

Libre...

Era una sensación nueva y embriagadora, después de aquellos años. Libre, dueño de sus pasos, de sus actos, de sus propias decisiones. Libre para seguir existiendo como ser humano, no como un número en filas interminables, en grises corredores o en patios rodeados por altos muros y garitas de vigilantes armados.

Libre para volver a su existencia de siempre, rota cinco años atrás por la sentencia condenatoria. Una sentencia que pudo haber sido de diez, de quince o de veinte años, pero que un abogado hábil había logrado reducir a ocho. Y que su conducta ejemplar en la prisión, había finalmente limitado a esos cinco años, tras los cuales el alcaide obtuvo del gobernador del Estado la conmutación de su pena, por redención con el trabajo y con su propia actitud ante los compañeros y ante los guardas y autoridades del recinto.

Cinco años por los que, sarcásticamente, quizá debía dar gracias a los demás, ya que pudieron haber sido más, muchos más.

Cinco años por un homicidio.

Un homicidio que él no había cometido, después de todo...



Llevaba poco dinero encima, pero aun así, prefirió tomar un taxi hasta

Hamsford, y allí el *bus* en dirección a Berkeville. No hubiera soportado las miradas de los demás viajeros, al verle tomar el coche de línea regular en la parada que correspondía a la zona penitenciaria. Sabía lo que era eso: ser mirado como un recluso, sentir encima las ojeadas recelosas o acusatorias de los demás... Lo había experimentado cuando gozó del régimen de trabajo en el exterior, haciendo tareas en el pueblo o en su vecindad, bajo palabra, y regresando luego, al término del trabajo, a la prisión, para reintegrarse al régimen interior de la misma. Y eso sin fallar jamás un día, auténtica prueba de fuego. Resistir la tentación de huir, de quedarse una noche en la población, de emborracharse con cerveza o de irse a los bares de chicas a acostarse con una o con varias, como en los viejos tiempos en que era dueño de sus actos.

Supo resistir toda tentación, incluso cuando alguna fulana le incitaba con la mirada o con las poses para provocarle. Su hambre de sexo se resolvía a veces del modo más imprevisible, gracias a alguna esposa complaciente que, en ausencia del marido, se fijaba en el guapo mozo que trabajaba en el jardín o en reparar cañerías, enviado por los servicios penitenciarios de la localidad. Otras veces, eran viudas o viejas solteronas —no tan «viejas» como para no sentir deseos y hacerlos sentir a un hombre necesitado de ello—, pero jamás muchachas jóvenes o solteras, con las que pudiera entablarse un conflicto familiar de imprevisibles consecuencias.

Brian Sheldon había sido últimamente un hombre muy diferente al que entró en la prisión. No importaba que la ira y la impotencia le dominasen interiormente, por tener que cumplir una sentencia, injusta. Eso era ya lo de menos. Lo realmente importante era comportarse de otro modo. Eludir las borracheras, las pendencias, la vida demasiado alegre y violenta que, de un modo u otro, terminó por conducirle a aquella situación.

Aunque inocente de toda culpa, Brian había cometido el error de dejarse manejar por otros, pagando culpas ajenas por causa de su propio comportamiento y modo de ser. Esos cinco años habían convertido al joven en alguien muy distinto. Eso, iban a saberlo pronto en Berkeville.

Estaba regresando en aquel *bus* a su ciudad. A la ciudad donde fue condenado. Donde se le acusó de homicidio. Donde un hombre murió.

Y mientras el coche le conducía por la amplia carretera, entre trigales y campos de labranza, hacia la ciudad ya casi olvidada, vestido con ropas nuevas, que suplían a sus viejas prendas, que tiró a la basura en Hamsford, apenas bajó del taxi, para adaptarse a nuevos tiempos, ya que incluso la moda masculina más elemental había variado en aquellos cinco años, Brian Sheldon iba pensando en todo lo que había sucedido en el pasado. Y en todo lo que podía ahora suceder, con su retorno.

Porque iba dispuesto a no olvidar. No, el pasado no estaba enterrado para él, aunque los demás quisieran que se enterrase definitivamente. Ni mucho menos.

Brian Sheldon volvía dispuesto a enfrentarse con las personas que le condujeron a aquella injusta reclusión, que le acusaron de algo que él jamás

hizo.

El autobús avanzaba hacia Berkeville con rapidez, dejando atrás Hamsford. Y con Hamsford, las proximidades donde se hallaba la penitenciaría, en aquel pueblecillo de triste fama a causa de la vecindad del recinto estatal.

Pero Brian Sheldon jamás hubiera podido sospechar, por mucha que fuese su imaginación, que parte de su destino, estaba en las familiares calles y edificios de Berkeville, su ciudad. Y la otra parte, en las estrellas.

Allá, muy lejos. En una mancha luminosa perdida en los años luz de distancia del espacio.

En una nebulosa llamada Andrómeda...

CAPÍTULO PRIMERO

Se había nublado el cielo mucho antes de llegar al condado de Berkewood. Y comenzó a llover cuando el autobús de línea cruzaba la divisoria del mismo.

En realidad, hacía varios días que llovía en la región. Brian recordó haber contemplado varios fuertes aguaceros en las últimas fechas de encarcelamiento, y que al abandonar la penitenciaría, el suelo estaba encharcado en los alrededores. Pero ahora, la lluvia se hizo más torrencial, y los cristales del autobús se cubrieron rápidamente de auténticas cortinas de regueros de agua, que en el parabrisas dificultosamente iban barriendo los vaivenes mecánicos de los limpiadores.

Cuando el coche de viajeros se detuvo en la bien iluminada terminal de Berkeville, el agua no había remitido lo más mínimo, y Brian, con su escaso bagaje, consistente en un simple maletín de viejo y gastado cuero marrón, permaneció en pie bajo la cornisa, contemplando con las manos en los bolsillos de su recién adquirida cazadora el diluvio que caía sobre la población. La mayoría de los viajeros buscaron refugio en la sala de espera, en el bar o en el amplio vestíbulo donde se hallaba el puesto de cigarrillos, la venta de publicaciones y algún que otro pequeño negocio que vivía de los que iban y venían en el autobús hacia cualquier otro lugar del país.

«Maldito tiempo... —se dijo, irritado, sacudiendo la cabeza—. Tendré que ir a casa, más tarde o más temprano. Si no cesa de llover, me pondré perdido.»

Sabía que en noches así, era difícil encontrar un taxi en la pequeña población. No eran muchos los coches de alquiler allí —exactamente seis, cuando actuaban al completo—, y en noches semejantes, apenas si quedaban uno o dos para cubrir el servicio. La distancia hasta «su casa», como él seguía llamándola, era respetable. Y tenía que cruzar una zona sin urbanizar, a campo traviesa.

Eso, suponiendo que en aquellos cinco años, la especulación de los terrenos no hubiese dado al traste con las granjas y terrenos de labranza, cosa que no creía, dada la riqueza agrícola de aquella zona. Había visto, al llegar en el autobús, que la mayor parte de las tierras de labranza permanecían intactas pese a que Berkeville, evidentemente, había crecido mucho en estos últimos años. Nuevos barrios extendían sus casitas ajardinadas, en torno a la carretera general.

—Escuche, joven, ¿espera algún otro autobús? Si es así, será mejor que se preserve en el interior de la estación. El próximo sale para Milways dentro de una hora. Y luego, los viajes al Oeste se han demorado indefinidamente, a

causa de las tormentas. Hay inundaciones y desprendimientos de tierras en varios puntos...

Se volvió Brian, sorprendido. Miró al que le hablaba. Era un viejo conocido suyo. Steve Merrick, de las líneas del *bus* local. Llevaba su uniforme de siempre, tenía algunas canas más, y el rostro ligeramente más ajado, pero eso era todo. Hubiera resultado inconfundible en cualquier parte.

—Sí, gracias, Merrick —respondió, con una triste sonrisa, esperando ser identificado por el empleado de un momento a otro.

El otro le miró, perplejo, enarcando las cejas.

—¿Me conoce, muchacho? —fue la pregunta del hombre.

—Claro —Brian arrugó el ceño. ¿Tan cambiado estaba él ahora, después de aquellos cinco años, como para que el otro no le reconociese?

Pensó que un hombre, cuando se va de un lugar a los veinticuatro años y regresa a los veintinueve, no puede haber cambiado mucho. Él estaba seguro de no haber cambiado físicamente gran cosa. Y, sin embargo, su viejo conocido Merrick no le conocía. Sus ojos revelaban un absoluto vacío de memoria al contemplarle.

—¿De modo que no te acuerdas de mí, Merrick? —insistió Brian.

—La verdad... no —negó lentamente el otro. Se encogió de hombros—. Tal vez lo olvidé. No ando muy bien de memoria últimamente. ¿Es usted de por aquí?

—Pues... bueno, creo que sobran las explicaciones —suspiró Brian, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Sería demasiado largo de contar. Y si no me recuerdas ya, será mejor dejarlo así, Merrick. Gracias, de todos modos. Creo que, a la vista del tiempo que tenemos, será mejor ir a tomar algo caliente a la cafetería. Pero no voy a tomar ningún otro *bus*. Me quedo aquí. Esta es mi casa, Merrick.

Se alejó, dejando al empleado perplejo y como desorientado, allá en medio del andén de la terminal. Poco después, Brian Sheldon calentaba un poco su estómago con un café y unas tostadas, en la pequeña y confortable cafetería de la estación de autobuses, mientras afuera no cesaba de llover, y las luces callejeras se reflejaban en el negro espejo del asfalto mojado.

Brian Sheldon pagó su consumición. Pasó balance de sus escasas reservas monetarias. Gracias a determinados trabajos carcelarios, había logrado reunir algún dinero que e1 alcaide le liquidara al final de su condena. Ahora, tras adquirir nuevas ropas y cubrir los gastos del viaje a Berkeville, tenía exactamente treinta y dos dólares con setenta centavos. Una fortuna ridícula. . «Necesito trabajar —se dijo, contemplando la calle a través de las vidrieras, chorreantes de agua de la cafetería—. Y pronto.»

Luego, le vino a la mente algo que le dijeron en la penitenciaría, pocos días antes de salir en libertad:

—A partir de ahora, las cosas no van a serte fáciles, Brian. No creas que serás el mismo de antes. Ni en tu ciudad ni en ninguna parte. Sobre todo, cuando busques trabajo. La gente es muy recelosa ahora. No cree en nada ni

en nadie. Piden informes, referencias... Sabrán en seguida que eres un ex convicto. Eso te cerrará muchas puertas. Todo eso que hablan sobre la rehabilitación social del delincuente, son palabras hermosas, y nada más. La gente nos aparta de sí como apestados. No confían en alguien que estuvo aquí dentro. La sociedad nos rechaza. Nos aparta de sí. No nos acepta. E, indefectiblemente, volvemos aquí, sea por una u otra razón. Es nuestro destino. Es *tu* destino, Brian Sheldon...

Sacudió la cabeza. Sintió un poco de frío. Tal vez también de humedad, calándole hasta los huesos.

«No, eso no», se dijo. Bajo pretexto alguno volvería *allí.* Preferiría la muerte. Una y mil veces la muerte. Cualquier cosa antes que soportar otra vez la pesadilla.

«Es tarde —volvía a hablar consigo mismo, cuando clavó los ojos en el reloj de la cafetería—. Debo ir a casa. Llueva o caigan rayos. Debo ir ya...»

Tomó su maletín. Fue hacia la salida de la estación de autobuses. Al pasar, echó una ojeada a los periódicos del puesto. Nada nuevo. Las noticias siempre parecían las mismas. Cinco años antes, o cinco años después. Siempre las mismas: tensión en Oriente Medio, África con problemas raciales y políticos, Estados Unidos como paternales protectores del resto del mundo libre, oleadas de violencia en todas partes, terrorismo en Europa, aviones secuestrados por palestinos o judíos, crímenes y violaciones en las grandes ciudades, conflictos en las zonas rurales...

Siempre igual. ¿Qué más daba estar cinco o veinte años lejos del mundo? Había cosas que no tenían arreglo. Que quizá nunca lo tendrían. En realidad, ¿a quién le importaba arreglarlas?

Ni siquiera malgastó unos centavos en un periódico. No valía la pena. Echó a andar bajo la lluvia. La calle inmediata a la estación de autobuses le resultó más familiar de lo que imaginaba. Como si hiciera sólo un mes que faltaba de allí. Las mismas tiendas, las luces, los luminosos, el cruce, los semáforos, los postes de teléfonos...

Y la cantina, el hotel, el supermercado, la capilla...

«Todo igual... —suspiró, moviendo la cabeza, deteniéndose en el cruce, pese a que tenía la luz verde a su favor y pese a la lluvia torrencial—. Como entonces. Como siempre... Dios mío, ¿y los demás? ¿Serán aún los mismos todos ellos? ¿O les ocurrirá como al bueno de Merrick, que me ha olvidado, que ha perdido la memoria o que ya no ve bien ni reconoce a la gente que hace tiempo que no ve?»

Se quedó mirando al agente de tráfico. Le vio venir hacia la acera. Miró de soslayo. Un coche aparcado iba a llevarse una multa. Era irremediable. Estaba detenido ante una boca de riego. La sanción no podía ser eludida.

Reconoció al agente. La recia humanidad y el cabello blanco de Sam Butler eran inconfundibles, aun cinco años después. Se quedó mirándole. Le vio pasar junto a él, e inclinarse sobre el coche para tomar su matrícula y prender la multa en el parabrisas.

—Butler... —saludó—. ¿Cómo van las cosas?

Saín se detuvo. Se quedó mirándole. Arrugó el ceño, bajo la visera charolada de su gorra de agente de tráfico de Berkeville.

—Perdone —dijo—. ¿Nos conocemos?

—Por Dios, Butler —se escandalizó Brian—. Cinco años no pueden hacerte olvidar las viejas cosas. ¿Cuántas veces me llegaste a sacar ebrio del bar de Wendy o del club nocturno de la avenida Lincoln?

—Sigo sin recortarle —habló secamente Saín Butler—. Tal vez me confundió, señor... ¿Es usted de aquí?

—Oh, cielos, no —se quejó Brian—. Tú no puedes haberme olvidado tan fácilmente... No es posible, Butler. Hemos sido amigos, hemos bebido juntos cuando no estabas de servicio, me has llevado a casa cuando estaba demasiado borracho. ¡Incluso recuerdo que conducías tú el coche patrullero que me condujo a la oficina del *sheriff* el día de mi detención!

—Mi memoria no es muy buena, señor. Quizá lo olvidé —el agente sacudió la cabeza con indiferencia—. Perdone ahora. Debo multar a ese coche. La gente nunca escarmienta.

Se puso a rellenar la papeleta de multa bajo la cornisa de la terminal. Brian le contempló, sin salir de su asombro. Sam Butler... ¡y no le reconocía!

—Dios mío —murmuró—. ¿Tanto cambian las cosas en cinco años? ¿Tan flaca es la memoria de la gente, fuera de aquel maldito lugar? ¿Sólo nosotros, los reclusos, recordamos las cosas tal como fueron?

Quiso volver hacia Butler, insistir, zarandearte, si ello era preciso. Pero no lo hizo. Repentinamente, pensó que ni siquiera valía la pena. Era mejor quitar importancia a esas cosas, pensar en que quizá al otro día recordasen quién era él. Que, de repente, el nombre y el rostro de Brian Sheldon fuese algo familiar para todos ellos.

Dejó a Butler inclinado sobre el coche. Cruzó el paso de peatones, casi sin tiempo para ello. Tuvo que correr al final, cuando cambió el disco. Un coche estuvo casi a punto de atropellarle, sin excesivos miramientos. Se alejó con los demás, sin haberse molestado siquiera en hacer sonar su claxon.

«*La gente se vuelve cada vez más indiferente hacia los demás, menos sociable y considerada* —se lamentó Brian para sí, con tono pesimista—. *Sólo piensan, en sí mismos...*»

Tuvo que volver a guarecerse de la lluvia bajo el toldo de un establecimiento que se disponía a cerrar ya sus puertas. Miró, ceñudo, hacia el cielo negro, sombrío, del que descendía el aguacero violentamente. En la distancia, captó el sonido de las sirenas de los coches de bomberos. Alguna inundación, posiblemente.

—¡No puedo echar a andar con semejante tiempo —murmuró—. Es mejor esperar...

Miró en derredor, intrigado, sin saber qué hacer. De repente, le sobresaltó una voz:

—¡No es posible! ¡Brian! ¡Brian Sheldon en persona!

Se volvió, lanzando un suspiro de alivio. Al menos, eso significaba que alguien le recordaba, después de todo.

La grata sorpresa, encontró una confirmación inesperada, que hizo aún más agradable la circunstancia.

Desde luego, era una voz de mujer. Pero nunca imaginó que fuese precisamente ella.

—¡Betsy! —exclamó, sorprendido, al reconocerla—. ¡Tú!...

Betsy Graham le miró desde la ventanilla de su automóvil modelo *ranger,* que se detenía suavemente junto al bordillo, allí donde él permanecía. Ambos se miraron, durante unos momentos, con expresión entre extrañada y complacida.

Ella seguía más o menos igual. Brian recordó que la había dejado con unos diecinueve años, y ahora tendría por tanto veinticuatro. Parecía como si para ella no hubiera pasado el tiempo. Era la muchacha pelirroja, de naricilla breve, de labios carnosos, de cejas arqueadas, de facciones atractivas, de gesto pícaro y risueño, de profundos y vivarachos ojos pardos.

—¿Cuándo has vuelto, Brian? —quiso saber ella.

—Hoy. Ahora mismo. Acabo de llegar —señaló a la estación de autobuses. Sonrió, acercándose al automóvil—. No puede decirse que Berkeville me acoja con demasiada brillantez, ¿no te parece?

—No, es cierto —ella sonrió también—. Llevamos varios días metidos en agua. Los campesinos dicen que eso es bueno. Ya veremos lo que dicen cuando se aneguen sus cosechas si esto sigue... ¿Vas a alguna parte, Brian?

—Sí. A casa —suspiró él—. Pero no veo taxis.

—Oh, ya conoces la ciudad. Esto sigue igual... —era obvio que había algo embarazoso en todo aquello, pese a la espontaneidad natural de la joven. Tras una breve pausa algo incómoda, añadió, sin ningún aire de cumplido—: ¿Puedo llevarte yo, Brian?

—Claro. Gracias por el favor, Betsy —él abrió la portezuela con alivio, tras poner su maletín en el compartimiento posterior, y se sentó junto a la muchacha de los rojos cabellos—. Uf, creí que me eternizaría esperando ahí toda la noche... ¿De verdad no te creo problemas desviándose de tu camino?

—Claro que no, Brian —negó ella, poniendo el coche en marcha sin pérdida de tiempo. Brian observó, por el retrovisor, de un modo casi mecánico, que el agente Butler terminaba de rellenar el boleto de la multa, y lo aplicaba al coche infractor, en tanto sus ojos se clavaban en él y en el coche de Betsy, con aire pensativo. Al doblar en la próxima esquina, el policía y la terminal de autobuses quedaron atrás.

Tras un corto silencio, Brian hizo un comentario trivial, mientras miraba el desfile de tiendas, escaparates, luces y establecimientos a ambos lados de la calle céntrica:

—Todo sigue igual aquí, poco más o menos.

—Sí, casi todo —admitió Betsy con aire distraído. Condujo a través de la lluvia y, de repente, se volvió hacia él—. Brian, ¿cómo va todo?

—¿Cómo quieres que vaya? —se encogió de hombros él—. Aún no lo sé. Tengo que habituarme a sentirme libre...

—¿Cuándo... cuándo has...?

—¿Salido? —él rió ante la vacilación de la joven—. Hoy mismo, Betsy. No perdí el tiempo. Quería volver aquí.

—¿Para qué, Brian? —preguntó ella súbitamente.

—¿Para qué, me preguntas? —Sheldon la miró con asombro—. Es mi ciudad, ¿no?

—Sí, claro. Pero ¿guardas tan buen recuerdo de ella... y de todos nosotros?

—No muy bueno —suspiró él—. Pero sigue siendo mi ciudad. Siempre hay quien no dejó mal recuerdo en mí, sin embargo. Tú, por ejemplo. O Butler, el agente. Pero él ni siquiera me recordó...

—¿No? —Betsy le miró, repentinamente sobresaltada—. ¿A ti tampoco?

—¿Cómo? —indagó Brian a su vez, mirándola intrigado—. ¿Qué quieres decir?

—No, nada. No tiene importancia —se mordió el labio inferior—. Olvídalo, Brian. Hablemos de ti. ¿Ha sido todo tan duro como imagino?

—Quizá más. Pero lo soporté. Eso era importante.

—¿Soportarás también el regreso?

—Supongo que sí —hizo un gesto enérgico—. Sé a lo que te refieres. No encontraré amigos aquí, ¿no es cierto?

—No muchos. Sabes cómo fueron las cosas entonces. No tuviste a mucha gente a tu lado cuando la necesitaste, Brian.

—No lo he olvidado, Betsy. Tú no me fallaste, sin embargo.

—Fue poco lo que pude hacer por ti.

—Fue suficiente para mí. Me traías periódicos y libros a la prisión local. Me buscaste un abogado en la capital del Estado. Y él trabajó bien, librándome de lo peor. Luego, estuviste a despedirme cuando me llevaban a la penitenciaría del Estado...

—Olvida todo eso, te lo ruego. No es agradable. Lo mejor fue que el abogado lo hiciera bien. Estaba convencido, al acabar el proceso, de que eras inocente.

—¿Y tú?

—Yo lo estuve siempre, Brian.

—Gracias. No creo que nadie más tuviera fe en mí. ¿Por eso me ayudaste?

—Fue una razón. Pero creo que lo hubiera hecho igual aun creyéndote culpable.

—¿Por qué, Betsy?

—No lo sé —se mordió el labio inferior, sin desviar su mirada del parabrisas donde oscilaba en vaivén monocorde el limpiador—. Éramos amigos, ¿no?

—Sí, es toda una razón. Y seguimos siéndolo —miró sin querer a las

piernas de la joven. Llevaba pantalón tejano, ceñido. Se marcaban sus muslos bien formados. La camisa azul también se ceñía a su cuerpo. Los pechos se dibujaban nítidamente, Formas jóvenes y firmes, de suave redondez agresiva —. Betsy... ¿y mi casa? ¿Todo sigue igual allí?

—Sí —suspiró ella—. Paso a veces por ella. No la han derribado, si a eso te refieres. Las granjas siguen alrededor. No pueden edificar allí, por suerte para nosotros y para la ciudad, aunque el alcalde ya lo intentó.

—¿Sigue siendo Cavanaugh el alcalde de Berkeville?

—Oh, no. Perdió las elecciones hace dos años. Ahora, Fuller es el alcalde.

—¡Fuller! —un estremecimiento sacudió a Brian. Su rostro se endureció —. Lamont Fuller... ¿El maldito cacique?

—El mismo, sí —afirmó ella, mirándole fijamente—. El padre del hombre por cuya muerte te condenaron, Brian... Y, por supuesto, el *sheriff* sigue siendo su buen amigo y fiel servidor. Jonas Jarvis, del mismo modo que el fiscal del distrito continúa siendo su otro buen camarada, Nelson McDuff, que pedía para ti veinte años de prisión como mínimo, y porque no podía reclamar la pena capital... Como verás, no vas a hallar demasiados amigos ni gente feliz con tu regreso, en esta desdichada ciudad.

—Sí, empiezo a darme exacta cuenta de ello —asintió Brian, sombrío—. Sin embargo, no cambiaré de idea. Pienso quedarme aquí.

—¿De qué vivirás? La gente no te dará trabajo. De eso se ocupará Fuller. Y toda su camarilla, claro está.

—Es obvio —rió duramente Brian entre dientes—. De todos modos, estoy dispuesto a afrontar todos los riesgos. No me rendiré sin lucha.

—Eso es hermoso. Pero inútil —ella le miró, mientras se detenían en un semáforo, a la altura de Riverside—. ¿Por qué no intentas abrirte camino en otro sitio? Berkeville no merece siquiera la pena, créeme.

—Siempre merece la pena conseguir lo que se busca, Betsy. Yo busco mi rehabilitación. Alguna vez confío en demostrar que fui inocente, que mi condena fue injusta y que otra persona causó la muerte al hijo de Lamont Fuller. Lejos de aquí, nunca conseguiría eso.

—Ni aquí tampoco, Brian. Ni ellos te querrían creer, ni el verdadero responsable de ello, sea quien sea, estará dispuesto a confesarlo ni a que tú lo descubras.

—No pareces demasiado optimista en nada, Betsy.

—Dejé de serlo cuando aprendí a conocer a mis convecinos.

—¿Sigues soltera? —preguntó de repente Brian, cambiando de tema.

—Sí —rió suavemente la joven—. Y sin compromiso.

—¿Cómo es eso posible? ¿Están ciegos todos los jóvenes de Berkeville?

—Quizá —ella soltó una agradable, musical carcajada, volviendo a poner en marcha el *ranger,* apenas tuvo a su favor la luz verde—. O tal vez yo no quise enterarme de que me miraban.

Pasaron en aquel momento frente al restaurante de un viejo amigo, Phil

Warren. Este estaba cerrando las puertas cuando el coche de Betsy pasó junto a la acera, con marcha lenta para no provocar surtidores de agua en los charcos. El dueño del restaurante miró hacia ellos distraídamente. Agitó su mano hacia Betsy. Brian sacó su brazo y lo movió, saludando en voz alta:

—¡Hola Phil! ¡Soy Brian! ¡Ya he vuelto, viejo amigo!

Phil Warren, ante su sorpresa, se limitó a saludar a Betsy. A el le miró con gesto de extrañeza, sin responder en absoluto al saludo, pese a que las luces del restaurante caían sobre el rostro de Sheldon, revelándolo con todo detalle.

—Vaya... —suspiró Brian, desorientado—, ¿También Phil? ¿Es que todo el mundo está perdiendo la memoria en Berkeville?

—¿Te has dado cuenta de eso? —preguntó de repente Betsy con tono tenso, mirándole preocupada—. ¿Tú *también* has visto algo *muy raro* en la gente de Berkeville?

—Bueno, yo... yo he visto solamente a algunas personas... Merrick, el empleado de la estación de autobuses, Butler, el agente de tráfico… y ahora Phil McDuff... Excepto tú, hasta ahora, *todos* los habitantes de Berkeville a quienes he visto, por muy amigos míos que sean... parecen ignorarme. No me conocen siquiera. Primero pensé si sería todo... por lo que ha sido. Pero ahora veo que, realmente, es como si fuese la primera vez que me ven. ¡Eso no tiene sentido, Betsy!

—Claro que no —suspiró ella—. Brian, voy a decirte algo. Alguien, en esta ciudad, me ha llamado loca hace pocos días, sólo por decirle eso mismo que tú me has dicho. Hay personas aquí que ni siquiera me reconocen *a mí,* sólo porque han pasado una o dos semanas sin verme. Y lo cierto es que noto algo *raro,* Brian. Es... es como si la gente estuviese *cambiada.* Como si *algo,* en esta ciudad, fuera diferente a como fue siempre. Y no sé lo que es... pero ocurre. *Está ocurriendo,* Brian...

En aquel momento, un perro cruzóse ante el coche de la joven, cuando ya salían del centro urbano. Betsy hizo sonar furiosamente el claxon. El perro se quedó quieto, mirando fijamente a los faros que, inexorablemente, se le venían encima. No hizo nada, absolutamente nada por eludir el impacto.

Aunque intentó evitar el atropello, Betsy no pudo hacer nada. Su coche arrolló al animal. Lo aplastó bajo sus ruedas, mientras éstas aullaban al patinar en el asfalto mojado.

El animal debió ser triturado por el vehículo. Y, cosa curiosa, ni siquiera exhaló un aullido o una queja de dolor.

Es como si no hubiera sentido absolutamente nada al morir tan horriblemente. Al bajar del coche ambos jóvenes, se estremecieron ante el desagradable aspecto del pobre perro aplastado contra el asfalto.

—Es imposible que no se quejase —comentó sordamente Brian Sheldon —. Tuvo que sufrir mucho, Betsy... Y ni siquiera intentó escapar, salir de nuestra ruta...

—Lo vi, Brian —murmuró ella con voz estremecida—. Lo malo es que

esto no es la primera vez que me ocurre... Hasta los animales, Brian... parece que *han cambiado* en esta ciudad... y no obran como tales...

Sheldon y ella se miraron largamente, en silencio. La lluvia seguía cayendo sobre el asfalto, mezclándose con la sangre del perro muerto. Brian contempló luego él cadáver del infortunado animal, observando la desorbitada apariencia de sus ojos vidriados por la muerte. Tampoco la mirada del animal parecía responder a lo previsible. Es como si, enloquecido, se hubiera puesto intencionadamente ante el coche para morir.

Pero los perros no se suicidan, pensó Brian Sheldon, perplejo.

Por las cunetas de la carretera, salpicada acá y allá por edificios aislados, ya en la salida de la población hacia las afueras, la lluvia había depositado abundantes y amplios charcos. Brian, distraído, contempló el deslizar de las larvas u orugas, emergiendo de la tierra húmeda a causa de la tormenta, mientras se preguntaba qué estaba sucediendo exactamente allí

CAPÍTULO II

El doctor Nigel Mason contempló el cuerpo del perro, y miró perplejo a ambos jóvenes.

—Yo no soy el veterinario, Betsy —le dijo a ella—. ¿Por qué me traéis a mí este pobre animal?

—Fue idea mía, doctor —terció vivamente Brian.

—¿Tuya? —el médico le estudió con interés y cierto aire de sorpresa. Creo que puedo preguntarte lo mismo que a Betsy. ¿Qué te hace suponer que tenga algún interés semejante cosa?

—Es algo que hemos estado comentando antes de tomar esta decisión, doctor Mason. Comprenderá que no obro por simple capricho. Iba a ver de nuevo mi casa después de estos años, a intentar acomodarla para alojarme en ella, cuando menos de modo provisional, a la espera de acontecimientos. Y de pronto, he cambiado de idea, pidiendo a Betsy que me ayudase en la nada agradable tarea de recoger a este pobre animal y traerlo aquí, envuelto en una vieja manta, para que usted, cuando menos, lo examinase.

—Repito que todo eso me parecería muy bien, si yo fuese veterinario, Brian. Aunque de cualquier modo que lo mires, nadie podrá hacer ya nada por este pobre perro. Está aplastado materialmente.

—Sí, eso es cierto. Sin embargo, su cabeza no llegó a destrozarse totalmente, véalo.

—Ya lo veo. No hace falta que ello ocurriera —señaló secamente el médico—. Ved su cuerpo. Las costillas están hechas astillas, reventado totalmente por dentro, sus patas trituradas, parte de su cráneo aplastado... ¿Qué esperáis que os pueda decir yo de ello? Es muy lamentable pero, después de todo, es sólo un perro, entendedlo bien. No hace falta que sufráis ningún trauma por haberlo arrollado. En noches así, un coche no responde fácilmente, aunque uno pretende evitar el atropello...

—Doctor Mason, usted no ha entendido todavía la cuestión —le cortó brevemente Sheldon, aferrándole por un brazo—. ¿Por qué no se molesta en examinar con un poco más de atención ese cadáver, aunque *no* sea veterinario? Hay cosas que no cambian mucho, doctor, en un animal o una persona.

—¿Qué quieres decir con eso, Brian? —algo irritado, el médico de Berkeville arrugó el ceño.

—Justamente lo que he dicho: tienen ojos, boca, extremidades, una nariz, un cerebro, unas orejas, ¿no es cierto?

—Bueno, eso no significa que yo deba examinar a un perro muerto, entendedlo de una vez por todas. Pero si me decís por qué os ha dado

semejante idea, trataré de ayudaros. ¿Qué buscáis, exactamente, con todo esto?

—La verdad, doctor.

—¿Verdad? ¿Qué verdad?

—La que haya en ese perro, sea cual sea —señaló Sheldon el cadáver canino con un extraño dramatismo—. Por favor, doctor Mason, examine su cabeza... y dígame si ve algo *raro* en ella...

Perplejo, el médico se inclinó sobre el perro muerto, con creciente estupor y desorientación. Pese a ello, efectuó el examen en silencio, comenzando por su boca y hocico ensangrentados.

Luego... pasó a examinar la cabeza del animal.

Y lanzó una brusca exclamación de asombro. Atónito, alzó la cabeza mirando a sus dos jóvenes visitantes con algo parecido a la incredulidad, brillando en el fondo de sus dilatadas pupilas.

—Pero... pero este perro... —comenzó diciendo con voz sorda—. No es posible...

—Veo que también usted se ha dado cuenta ya de ello, doctor —asintió lentamente Brian, con expresión sombría—. Sí, es cierto, aunque no parezca posible. Betsy y yo lo hemos advertido ya, y por eso le trajimos aquí el cuerpo. Pensamos que no es lógico ni normal.

—Pero... pero ¿están *seguros* de que trajeron hasta aquí *todo* lo que quedaba del animal? —dudó el médico, desorientado—. ¿No quedaron residuos de ningún género, pegados al asfalto o... o dispersos por los alrededores?

—No, doctor. Allí no quedó absolutamente nada, porque no había *nada más* —dijo Betsy con voz apagada—. Lo comprobamos muy bien. De otro modo, no hubiera tenido objeto venir hasta aquí con él, compréndalo.

—Sí, lo comprendo muy bien —se frotó el mentón, perplejo, y volvió a examinar el cuerpo con renovada atención. Especialmente, el cráneo del animal, que era lo que parecía atraerle y dejarle, a la vez, sumido en el estupor. Muy despacio, como si no fuera capaz de formular las palabras, se limitó a susurrar—: Dios mío, esto no tiene el menor sentido... Este perro… este perro está...

—Doctor Mason, por eso vinimos a verle a usted —asintió Brian gravemente—. Ese perro, realmente, está *descerebrado*... Tiene el cráneo totalmente *vacío*. No había dentro de él, cuando le atropellamos, el más mínimo residuo de masa encefálica. Y eso... eso *no es* posible, usted lo sabe. Pero ha ocurrido...

* * *

Estaba cesando de llover cuando salieron de la consulta del doctor Mason, y emprendieron el regreso al automóvil *ranger,* aparcado frente a la cerca del jardín del médico.

Algunas débiles estrellas brillaban en el cielo, a través de negros nubarrones rasgados en ciertos puntos, el aire olía a mojado y a frío y los charcos negros reflejaban las luces nocturnas, dispersas en aquella zona residencial de Berkeville.

Ambos lucían en sus rostros la misma desorientada expresión que al llegar. O quizá más. Lo que al principio era sólo una duda, un hecho insólito, ahora se había convertido en una certeza, en un acontecimiento clínico y materialmente imposible. La palabra de un médico corroboraba sus preocupaciones.

Aquello había sucedido, ciertamente. Pero *no podía* suceder.

Betsy abrió la portezuela del coche. Habían perdido mucho tiempo en la consulta médica, y se había hecho tarde. La joven preguntó débilmente:

—Brian, deberíamos ir más tarde a tu vieja casa. Ahora es ya tarde. ¿No tienes apetito?

—No —negó él—. Ni lo más mínimo. Pero no debo entretenerte más. Por otro lado, ha cesado la lluvia y puedo ir solo a casa. Vete a casa y cena tú. Yo tomaré algún café e iré hacia allá a pie. Será un paseo agradable, incluso. Me permitirá despejar un poco mis ideas, después de lo ocurrido.

—Brian, ven conmigo —susurró ella de pronto, poniendo una mano sobre su brazo. Notó él su estremecimiento y captó un brillo inquieto en sus pardas pupilas—. Tengo miedo.

—¿Miedo? —frunció el ceño—. ¿A qué?

—No lo sé. Pero tengo miedo —confesó ella—. ¿No vas a acompañarme?

—Claro. Vamos a tomar cualquier cosa. Café, cerveza, whisky... Lo que sea, Betsy. ¿Hay algo abierto por aquí cerca?

—Hattie's es el sitio más próximo —asintió la joven—. Aún existe en el mismo lugar de entonces, Brian.

—Hattie's... —repitió él—. Te invité algunas veces, ¿no es cierto?

—Sí —suspiró ella, subiendo al coche—. Vamos.

Brian subió también en silencio. El *ranger* rodó sin muchas prisas, dejando atrás la alameda silenciosa, bordeada de residencias ajardinadas. No se veía a nadie por parte alguna. La lluvia debió meter pronto en su casa a la mayoría de ciudadanos. De repente, a Brian le pareció también inquietante aquella calma. Sin saber por qué, comprendió los temores de la muchacha.

La miró. Su perfil era muy atractivo, pero de repente, la compañía de una mujer bonita parecía haber perdido todos sus alicientes.

—¿Tú qué crees? —preguntó él de repente.

Otra vez se estremeció Betsy. Él lo notó con facilidad.

—No sé —gimió ella sin mirarle—. No quiero saberlo, Brian.

—El animal se movía. Cruzó la carretera, se paró ante nosotros, miró al

coche, a los faros, tal vez a nosotros, no sé. Y esperó la muerte. No intentó eludirla. Tampoco aulló ni se quejó al morir.

—Si no tenía cerebro... no podía sentir nada.

—¡Qué disparate! —protestó Brian—, No podía vivir. Ni moverse. Nadie vive sin un cerebro, ya oíste al doctor Mason. Es clínicamente imposible.

—El perro vivía.

—Maldita sea, ya lo sé —Sheldon apoyó su cabeza en ambas manos—. Es para volverse loco. Ni siquiera había un vestigio, un fragmento de masa encefálica. *Nada.* Como si nunca hubiera habido allí dentro cosa alguna. Un cráneo *vacío.* Pero vacío ¿por qué? ¿Cómo se vacía un cráneo, Betsy? No había huellas de cirugía, de intervención quirúrgica alguna. Nada en absoluto, el doctor lo comprobó.

Betsy aceleró un poco al cruzar una zona poco alumbrada y de viviendas muy dispersas. El incomprensible miedo que parecía sentir, tal vez aumentó en ese tramo del camino. Brian lo comprendió muy bien, y no dijo nada.

—Sea lo que sea, el doctor lo descubrirá —comentó ella, tras un largo silencio—. Nosotros no podemos hacer nada más, Brian. Es todo lo que estaba en nuestra mano conseguir. Mason informará al *sheriff,* si lo considera conveniente.

—El *sheriff* no entenderá tampoco una palabra. Jarvis no es nada inteligente. Y después de todo, el perro no hizo nada a nadie. Sencillamente, murió atropellado, eso es todo.

—-No, Brian. Si todo esto es cierto, como parece serlo, el perro no pudo morir atropellado. Realmente, estaba ya muerto cuando le arrollamos. Nadie vive sin cerebro, ni siquiera un pequeño animal.

—Tal vez alguien en la localidad esté llevando a cabo experimentos extraños con animales. ¿Hay algún científico loco por aquí, Betsy?

—Que yo sepa, no. Esta es una comunidad normal, como lo fue siempre, tú lo sabes. Es una población pequeña, con todos los vicios y virtudes provincianos, tiene sus problemas, como un cacique, una ley arbitraria y una serie de gentes poco honestas, como las que cayeron sobre ti para enviarte a prisión, pero eso es todo. Esos problemas existen en todas partes, a fin de cuentas. Pero un animal descerebrado... No, no, no logro entenderlo. Ni siquiera puedo admitirlo sensatamente.

—Hay que hacerlo —suspiró Brian Sheldon—. Lo hemos visto con nuestros propios ojos, Betsy. Y el doctor Mason también...

—Hemos llegado —pareció sonar algo de alivio en la voz de ella cuando el coche se detuvo suavemente frente a un parpadeante rótulo luminoso de color azul, con el nombre de Hattie's, el pequeño local destinado a cafetería y snack.

Brian contempló aquel entrañable lugar donde otras veces estuviera frecuentemente. Había cambiado poco. Una fachada de otro color, nuevos toldos y letras luminosas diferentes, eso era todo. Lo demás, continuaba igual,

incluso el largo mostrador, visible desde la calle, y las escasas mesitas, dispersas junto a las vidrieras.

Poco después, se acomodaban ambos jóvenes en una de aquellas mesitas, y pedían al camarero del turno de noche un par de cafés. Ni ella ni él solicitaron cosa alguna para comer. Repentinamente, todo apetito había desaparecido, pese a lo avanzado de la noche.

Betsy se puso azúcar y movió lentamente, con la cucharilla, la infusión humeante. Brian no endulzó el suyo. Tomó un sorbo, sin dejar de mirar a la joven. La preguntó suavemente, poniendo una mano sobre la de ella, encima del mantel a cuadritos blancos y rojos:

—¿Te sientes mejor?

—Sí, tal vez... —murmuró la muchacha, mirándole.

Incluso esbozó una tenue sonrisa al añadir—: Dejemos todo eso ahora, Brian. Hablemos de ti... ¿Qué piensas hacer, una vez establecido aquí?

—Intentar trabajar —sonrió él—. Sé que será difícil, pero debo intentarlo.

—¿Crees que vale la pena quedarse aquí?

—No he nacido en Berkeville, pero mis padres me trajeron aquí muy niño, y aquí los tengo enterrados a ellos. Tengo derecho a escoger dónde vivir, y este lugar me gusta, pese a todo. *Si,* vale la pena quedarse, Betsy.

—No estarás pensando... cosas raras, ¿verdad? —de repente, ella se mostró inquieta.

—¿Cosas raras?¿En qué sentido?

—No sé... Algo así como... como vengarte de los que te hicieron daño...

—¿Venganza? —meneó lentamente la cabeza, en sentido negativo—, Cielos, no. Llegué a pensarlo allí, lo confieso. Allí se piensan siempre muchas cosas, y no todas buenas. Luego, comprendí que era una locura. No hay por qué vengarse de nadie. Si acaso, sólo intentar hallar la verdad. Y borrar la mancha de mi vida, de mi nombre. Volver a ser yo mismo, el que siempre fui. El Brian Sheldon sin otro delito que beber demasiado y complicarse la vida con la gente, pero nada más. Ahora, ni siquiera me gusta beber. Intentaré seguir así.

—Dijiste la verdad... ¿Dónde puede estar la verdad, Brian?

—No lo sé. Sólo hay algo cierto: yo no maté al hijo de Fuller. Otro lo hizo en mi lugar, y ese alguien no habló entonces. No era un asesinato, al menos no lo parecía, tal como sucedieron las cosas. Pero ¿y si lo fue, después de todo? Lo único que sucedió es que algo le falló al posible asesino, y las cosas parecieron diferentes. Entonces, sólo pudieron acusarme de homicidio, no de asesinato, y me libré de una condena de por vida. Tal vez alguien empiece a sentirse inquieto y molesto por mi regreso.

—Yo sé de muchos que se sentirán así, aun no siendo culpables de lo que pasó al joven Fuller.

—Sí, lo sé. El *sheriff,* el propio Fuller, los amigos de su hijo, los que adoran y alaban al cacique... Todos ellos desearían verme muy lejos de aquí.

Pero no voy a darles ese gusto.

—Puede ser peligroso enfrentarte a ellos...

—No me enfrento a nadie. Sólo quiero vivir y dejar vivir.

—Tal vez ellos no te dejen.

—Pudiera suceder, pero no será culpa mía.

—Eso no impedirá que te perjudiquen, que te causen problemas, incluso que te hagan la vida imposible, tú lo sabes.

—Claro que lo sé —rió duramente Brian entre dientes—. Pero ninguno de ellos debe cometer el error de pensar que yo soy el mismo Brian Sheldon que se fue de aquí hace cinco años, esposado entre dos agentes de la policía del Estado. En cinco años, viviendo entre gente dura y peligrosa, se aprenden muchas cosas y se cambia mucho. Allí sí es duro vivir y medrar, Betsy. Yo lo logré. Tuve problemas, y los resolví. Tuve enemigos, y terminaron siendo mis amigos. Ahora, soy otra persona. Para bien o para mal, ya no soy el alocado jovencito dado a la bebida, las chicas fáciles y los conflictos violentos.

—Me di cuenta de eso apenas te vi esta noche —confesó Betsy, clavando sus ojos en él—. Y he ido comprobándolo minuto a minuto. Creo que queda en ti todo lo bueno que entonces tenías, unido a nuevas virtudes que no te conocía. Como tú dices, eres otro hombre. Pero me gusta como eres. Rápido, decidido, enérgico... y sincero.

—Gracias, Betsy —presionó con mayor fuerza la mano de ella, que seguía entre sus dedos. Ya no estaba tan fría como al principio—. ¿Otro café?

—No, gracias —suspiró la joven—. Me quitaría el sueño. No estoy habituada a tomarlo a estas horas desde que estudiaba y tenía que velar ante los libros... Ya está bien así. Me siento mejor, más entonada. ¿Tú no?

—Sí, pero tomaré otro café. ¿Te acompaño a casa? Puedo pararme luego en cualquier sitio, de camino.

Betsy consultó su reloj de pulsera, pensativa. Luego, miró a la calle desierta, mojada, a través de los vidrios empañados y húmedos. De nuevo tembló levemente.

—¡Mis padres ya deben dormir —comentó—. Pensarán que me metí en el cine mientras llovía. Puedo acompañarte hasta que vayas a casa.

—No. Será mejor que vaya contigo ahora hasta tu vivienda, Betsy. Me sentiré más tranquilo cuando te vea dentro. Yo puedo ir caminando hasta mi viejo hogar.

—¿Más tranquilo has dicho? ¿Por qué? ¿Qué temes?

—Nada —mintió Brian, encogiéndose de hombros—. Pero no me gustaría que luego tuvieras que regresar sola a tu casa, aunque sea en tu coche. Créeme, será mejor así.

—Como quieras —suspiró ella, incorporándose, mientras Brian dejaba un billete sobre la mesa—. Pero tampoco a mí me gusta dejarte solo, deambulando por esas calles solitarias...

—Esto es Berkeville, querida —rió él entre dientes, llevándola hacia la salida, tras despedirse del camarero con un gesto—. No el castillo del

monstruo...

Ella no dijo nada. Pero bajo sus dedos, Brian notó la piel de ella, sacudida por uno de aquellos escalofríos que la asaltaban últimamente. Lo cierto es que él tampoco hizo comentario alguno, aunque comprendió que ella estuviera inquieta y nerviosa. No podía apartar de su mente el incidente del perro. Imaginaba que ella tampoco.

Cuando el *ranger* hubo parado ante la puerta del jardincillo que formaba el frente de la vivienda de Betsy, Brian se inclinó y besó la mejilla de la muchacha, antes de abrir la portezuela.

—Ahora, acuéstate y descansa —la aconsejó—. No pienses demasiado. No merece la pena. Mañana sabremos posiblemente la explicación del misterio, y resultará mucho más sencilla de lo que imaginamos.

—Lo dudo —musitó la joven. Luego, le miró. Impulsivamente, le besó. Pero en los labios. Brian notó el contacto húmedo y cálido de su boca, y una oleada de complacencia excitada le invadió. Era la primera boca de mujer que besaba en mucho tiempo. Hubo otras allá, en el pueblo próximo a la penitenciaría, durante sus trabajos en libertad especial, pero eran otra cosa—. ¿Te veré mañana, Brian?

—Seguro —asintió él.

Bajó del coche. Ella introdujo el vehículo, lentamente, por la puerta del jardincillo, hacia el garaje. De pronto pareció recordar algo. Asomó por la ventanilla y le anunció a Brian:

—Ah, ella... Ella sigue aquí. Trabaja en el Las Vegas otra vez...

El *ranger* se alejó, entrando en el garaje. Brian se quedó quieto, parado en medio de la acera mojada, junto a un charco. Su rostro habíase estirado de pronto, con una rara rigidez. *Ella.*

Sólo podía referirse a una mujer. Y más, mencionando Las Vegas.

Jessie Calder. Ella...

Jessie Calder, acaso el motivo de la muerte de un hombre. Y la primera que le traicionó...

Jessie Calder, su amante. Su amante de cinco años atrás. Ni siquiera había querido pensar en ella... Pero allí estaba aún, en Berkeville. Se preguntó cómo le habrían sentado aquellos cinco años. Y qué pensaría cuando supiera que él había vuelto...

—Jessie... —murmuró entre dientes, dominando una fría ira lejana, que parecía cobrar ahora más fuerza! Apretó los labios, echando a andar resueltamente, con su maletín en una mano, y la otra hundida en el bolsillo de su cazadora, calle abajo, hacia el cruce de avenidas, donde doblaría hacia el sur, hacia su casa— Jessie...

Algo le hizo levantar los ojos. Fue como una centella en el cielo, un destello fugaz de luz deslumbrante, más allá de las nubes. Pestañeó, sin llegar a estar realmente seguro de que hubiera sido así. Tal vez se trataba sólo de un reflejo engañoso. No era la época del año en que se podían ver estrellas fugaces recorriendo vertiginosamente el cielo.

No había el menor rastro ya de esa luz, de modo que la olvidó, y siguió adelante, pensando en Jessie Calder, en sus labios húmedos y carnosos, succionantes, ávidos, tan distintos a los suaves y tiernos de una chica como Betsy.

Evocó sus formas exuberantes, sus grandes senos, sus caderas cimbreantes, sus nalgas agresivas... Todo lo que le turbaba y enloquecía cuando era un muchacho alocado y ávido de sensaciones embriagadoras, de emociones fuertes, de deseos lascivos...

Era raro que ahora pensara en todo ello con tal frialdad, con tan sereno distanciamiento. Tal vez se había vuelto prematuramente viejo. La cárcel envejecía, alguien se lo había dicho cuándo ingresó en ella. Y tal vez tenía razón.

Dobló una esquina. Casi se dio de bruces con el otro peatón. Se paró en seco, excusándose vivamente:

—Disculpe... Iba distraído y... ¡Cielos! ¡Eres Travis! ¡Travis McCoy!

Travis McCoy alzó la cabeza. Se le quedó mirando fijamente. Brian esperó a ser reconocido, aguardó el abrazo del viejo amigo. El único que tuvo valor para enfrentarse entonces al cacique Fuller, a todos los demás. El único que aseguró que él no había matado al joven Derek Fuller, que éste había jurado matar a Brian por culpa de Jessie Calder y que Derek Fuller iba armado esa noche v, en todo caso, él, Brian Sheldon, lo único que habría podido hacer es defenderse, luchar... y matar sin querer a su agresor, convirtiendo una posible acusación de asesinato en una de simple homicidio con muchas atenuantes.

Travis McCoy reveló un absoluto vacío de comprensión en su gesto. Le miró casi estúpidamente, como a un extraño. Y dijo algo increíble:

—Perdone, señor. No sé de qué habla. No le conozco...

Se dispuso a seguir andando, alejándose de él.

Era demasiado. Esta vez, Brian no aguardó a más, ni toleró que las cosas siguieran su curso, como en los casos de Steve Merrick o de Sam Butler.

Aferró a su viejo amigo por las solapas de su impermeable y le hizo girar violentamente, encarándose con él lleno de energía.

—¡Escucha, Travis McCoy! —rugió, airado—. ¡Soy Brian Sheldon, tu amigo de siempre, tu camarada de otros tiempos! ¡Hemos pasado noches enteras bebiendo juntos, acompañando chicas! ¡Te he llevado cien veces a casa, y tú otras tantas a mí hasta la mía, cuando cualquiera de los dos no podía ir solo, cargado con tanto whisky! ¿Cómo vas a pretender ahora que no me conoces, maldita sea? ¡Yo nunca pude olvidar a Travis McCoy, y Travis McCoy no puede nunca olvidar a Brian Sheldon! ¡Porque somos *amigos* de toda la vida, porque crecimos juntos, jugamos juntos en la calle y fuimos inseparables durante más de diez años! ¡Eso no se olvida ni se borra en cinco años! ¿Entendiste, estúpido?

McCoy le contemplaba con aquella ausencia de inteligencia y de comprensión que captara desde un principio, y que tan singularmente parecida

resultaba a la expresión que viera en el empleado del autobús o en el policía de tráfico. Tras un silencio, se limitó a murmurar con voz monocorde:

—Perdona, Brian. No te reconocí. Claro, amigo. Estos años... fueron difíciles. Me hicieron olvidar muchas cosas. Además, estás muy cambiado...

Aquello era mentira. Total, absolutamente falso. Travis mentía o estaba fingiendo absurdamente. No era ése el modo en que ellos se hablaban. No era ésa la clase de amistad que se tuvieron siempre. Esta actitud de Travis era fría, deshumanizada.

—¿Qué te ocurre? —jadeó Brian, más irritado aún, soltándole y contemplando su cara bobalicona con estupor—. ¿Qué os han hecho a todos vosotros en esta maldita ciudad, Travis? ¿Es cosa del cacique? ¿Os ha obligado Fuller a apartaros de mí, o fingir que no me conocéis, para hacerme el vacío? Es eso, ¿verdad?

—Lo siento, Brian —recitó monótono Travis, iniciando la marcha otra vez—. Lo siento, amigo. No puedo hablar. No debo hablar... Buenas noches Y bienvenido...

Se alejó de él.

Era absurdo. Increíble. Brian se mantuvo quieto, contemplando el alejamiento de aquel hombre con quien una amistad tan duradera y profunda le uniera en otros tiempos, y que ahora se comportaba como un verdadero extraño, como si realmente no hubiera llegado en ningún momento a reconocerte, y se hubiera limitado a cubrir el expediente y marcharse.

Aún estaba allí Brian cuando Travis McCoy bajó de la acera y cruzó la amplia calzada de la alameda, con el mismo aire distraído e indiferente por todo. No pudo advertir, sin embargo, la presencia del camión, hasta que fue demasiado tarde. Brian gritó agudamente, al ver surgir el chorro de ambos faros, oír maullar los poderosos neumáticos gigantescos del vehículo, y resonar el claxon con potencia en la noche solitaria y silenciosa.

—¡Cuidado, Travis! —aulló, echando a correr hacia él—, ¡Apártate! ¡Travis!...

El camionero no tuvo facilidad de maniobra para eludir el impacto. El alto y potente mono del vehículo golpeó y derribó a Travis McCoy. Su cuerpo se desplomó debajo del camión, que pasó por encima de él, entre chirridos espeluznantes de frenos, y también de huesos triturados.

—¡No, Travis, no...! —Brian cerró sus ojos, horrorizado.

Pero no dejó de correr por eso, en dirección al lugar del atropello. El camionero, aterrorizado, acaso temiendo las consecuencias del hecho, y pensando que nadie había presenciado el accidente, aceleró en vez de frenar, apenas las ruedas enormes de su pesado vehículo hubieron pasado sobre Travis.

El camión debía de ir vacío de carga porque, con pasmosa rapidez, antes de que Brian llegase junto al cuerpo de su amigo, se perdió en la noche, a toda velocidad, dejando atrás la sangrante forma humana triturada en el asfalto.

Sheldon llegó a ver confusamente su matrícula, y tomó nota mental de

ella, mientras el camión se alejaba en la distancia, y un silencio sobrecogedor envolvía el lugar de la tragedia. Nadie, absolutamente nadie, asomó a las ventanas de los edificios. Ni una luz brilló en ellos. O no habían oído nada, o no quisieron salir, pese a todo.

El joven llegó junto a su amigo. Se inclinó, demudado, sintiendo un horror y una compasión infinitos por la suerte del viejo camarada. No hacía falta ser médico para comprobar que estaba muerto. Nadie hubiera vivido tras semejante atropello.

Se inclinó. Providencialmente, casi todo el rostro del infortunado Travis permanecía intacto, a salvo de la presión demoledora de los neumáticos del vehículo. Pero no así su cráneo, aplastado sobre el asfalto.

Un grito ronco de horror escapó de la boca de Brian Sheldon. Reculó, aterrado.

Sus ojos no podían separarse de aquel cadáver. No sólo porque Travis hubiera sido siempre su mejor amigo, sino por otra razón más espeluznante e increíble.

El cráneo de la víctima, aparecía *vacío.*

Ni huella de masa encefálica alguna. Estaba descerebrado.

CAPÍTULO III

E1 agente de servicio levantó la cabeza. Miró fijamente a Brian Sheldon.

—Por favor, ¿quiere repetirlo? —preguntó con voz tranquila.

—Agente, creo que me ha entendido perfectamente —se impacientó Brian—. Se trata de un accidente mortal. Un camión ha arrollado a Travis McCoy en el cruje de Alameda y Highway. Le ha matado en el acto, huyendo al producirse el accidente. He visto la matricula. Anótela, por favor.

—Bien, démela —el policía apuntó desganadamente las letras y cifras en un papel, sin dejar de mirar al visitante del cuartelillo. Luego, bostezó, se puso en pie y se sirvió café de un pote, volviendo a su mesa. Estudió curioso al denunciante—. ¿Es usted el mismo Brian Sheldon de quien me hablaron? ¿El presidiario?

—Ex presidiario —cortó agriamente Brian—. Sí, el mismo. Ya estoy libre. Cumplí mi condena. He vuelto para vivir honradamente en mi ciudad, agente. Pero eso nada tiene que ver ahora con lo sucedido. Deseo denunciar algo.

—Bien, ya lo ha denunciado —tomó el teléfono y marcó en su teclado un número—. Avisaré ahora a una ambulancia, para que recojan el cuerpo, y a los de tráfico para que se hagan cargo del asuntó. Es todo. Le llamaré para que identifique el camión, cuando demos con él, Sheldon. Buenas noches.

—Espere, agente —se inclinó Brian hacia él—. No es eso lo que vine a denunciar.

—¿Ah, no? —enarcó las cejas el policía, sorprendido—. ¿Qué es lo que está denunciando, entonces?

—Quiero decir que no es eso solo. Hay algo más.

—Bien, dígalo —suspiró el agente—. Lo anotare también aquí. Luego redactaré el informe oficial, y usted vendrá a firmarlo por la mañana, ¿le parece bien?

—No lo sé. Es algo fuera de lo común. Creo que requiere una investigación que no sea rutinaria, agente. Puede ser serio.

—¿Va a decírmelo o no? —bostezó de nuevo el irritante policía de-servicio.

—Escuche —silabeó Brian Sheldon dominando su ira—. Esta noche, un automóvil atropello a un perro.

—Oh, no —protestó el agente—. Eso es muy de lamentar, pero no es un delito, Sheldon.

—¿Quiere escucharme de una vez? Ese perro atropellado, está ahora en la consulta del doctor Mason. Es un caso notable de animal, porque no tiene cerebro. Es decir, su cabeza está vacía, sin masa encefálica.

—Se le saldría al ser atropellado —suspiró el agente, empezando a mirarle como si dudase de su equilibrio mental—. Oiga, ¿por qué no se va a dormir ya de una vez, Sheldon, y deja de bombardearme con detalles desagradables?

—Agente, ese animal no tenía cerebro, ni fuera ni dentro de su cráneo. Al arrollarlo, estaba ya vacío. No dejó el menor fragmento de masa encefálica en el asfalto. *¿Lo* entiende ahora?

—Eso no puede ser, Sheldon.

—Claro que no puede ser. Pero *fue*. Y ahora... ahora ocurre igual con Travis McCoy. ¡No tiene masa encefálica! ¡Ese camión ha arrollado un cráneo vacío totalmente!

Ahora sí estaba seguro Brian de que el gesto del agente revelaba una incredulidad absoluta, unida a una creciente sospecha sobre su estado mental. Dejó de informar al hospital del lugar del suceso, para mirarle de hito en hito, boquear, como si no supiera qué decir, y terminar preguntando fríamente, con claro recelo:

—Oiga, Sheldon, me contaron que usted bebía mucho, antes de ser encarcelado. ¿Por qué vuelve a las andadas, apenas llegó a esta ciudad?

—¡Yo no he bebido una gota hoy, agente! —rugió Sheldon, airado—. ¡Sólo he tomado café, y puede llamar al doctor Mason para comprobar cuanto le digo sobre ese perro! ¡En cuanto al cadáver de mi amigo Travis McCoy, podrá confirmar por sí mismo mi declaración, tan sólo con ir allí o con pedir detalles al hospital, apenas recojan el cuerpo!

—¡Pero Sheldon, usted y yo sabemos que nadie anda por ahí desprovisto de cerebro ya sea animal o persona —trató de contemporizar con sospechosa amabilidad el policía, sin quitarle la vista de encima.

—Claro que lo sabemos. Sin embargo, yo también *sé* ahora que eso sucede. El perro ni se inmutó al ser atropellado. Ni intentó evitarlo, ni brotó una queja de su boca cuando murió. Igual ha sucedido con mi amigo. No hizo reacción alguna al ver venirse encima el camión, no se cubrió el rostro, no alzó los brazos, no gritó. No hizo nada. Como si estuviera ya muerto en vida. Poco antes había hablado conmigo. No me reconoció en absoluto, aunque fingió hacerlo luego, de un modo convincente. Es como si estuviera ebrio o adormilado. Hipnotizado, diría yo. En trance, ¿entiende?

—Ni una palabra —confesó el policía, que llamaba ahora a las patrullas de la policía de tráfico desganadamente—. Pero imagino que pronto saldremos de dudas. Usted puede quedarse aquí. Siéntese y no se ausente, Sheldon. Rellenaré su declaración, usted la leerá luego, y la firmará si está conforme, ¿de acuerdo? Así, mientras tanto, recibimos los informes del hospital y de la policía. Claro que si tiene sueño o cansancio, puede dormir allí dentro. Es una celda abierta, pero supongo que eso no le causará ningún trauma... No cerraré la puerta. Y el camastro es bastante confortable...

—No, gracias —replicó secamente Brian—. No tengo sueño. Y no quiero verme entre rejas otra vez, ni siquiera por recurso. Esperaré aquí.

—Como quiera. ¿Café, Sheldon?

—Sí, por favor.

El agente, desganadamente, le sirvió un vaso de papel encerado con un café ligero y tibio, que tomo con avidez el joven, sentándose en un frío y desnudo banco, mientras el agente tecleaba en una máquina desordenadamente.

El cuartelillo de Berkeville era como todos. Paredes desnudas y frías, pasquines de reclamaciones, muebles metálicos, cristaleras, archivadores y una oficina pequeña para el jefe de puesto, vacía a aquellas horas.

El reloj de pared eléctrico, marcaba las dos y diez de la madrugada. Brian bostezó, destemplado. No tenía sueño, pero el cuerpo le dolía, no sabía si por cansancio, por nerviosismo o, por la maldita humedad del exterior.

Observó que en el borde de su zapato tenía el fragmento de una de aquellas orugas que acostumbran a salir de la tierra húmeda con la lluvia, y que él habría pisado en cualquier momento durante aquella extraña y agitada anoche. La desprendió en el borde de una escupidera de latón, con gesto de repugnancia. Había animales que, aun siendo inofensivos, le producían asco. Las orugas o gusanos, eran uno de ellos.

Permaneció allí quieto, mientras el policía tecleaba. De pronto, sonó el teléfono. Descolgó el aparato, dejando de escribir, y preguntó. Escuchó en silencio, Brian observó, preocupado, que el agente, le dirigía una súbita ojeada de soslayo, llena de sospecha y de disgusto, aunque no dijo nada. Tras dar secamente las gracias por el teléfono, colgó éste, se quedó pensativo, y terminó por preguntar bruscamente a su visitante:

—Sheldon, ¿dónde dijo que tuvo lugar el atropello?

—En el cruce de Alameda y Highway, en el paso de peatones. El disco es intermitente en ámbar, pero hay preferencia para el peatón. ¿Es que la ambulancia aún no ha llegado hasta allí? El hospital de Berkeville no está lejos de allí...

—Era el personal de la ambulancia el que llamaba desde el teléfono público de esa zona, Sheldon —le informó el policía—. Y han dicho que no hay *nada.*

—¿Cómo? —Brian se puso en pie con un respingo—. ¿Qué dice?

—Lo que ha oído. No hay nada ni nadie. El asfalto está limpio. Ni rastro de un cadáver, ¿entiende? Lo han revisado todo. Y no les gustan esa clase de bromas. A mí tampoco. Le va a costar, lo menos, una multa de cincuenta dólares, más los gastos de desplazamiento de la ambulancia.

—¡Escuche, eso no tiene ninguna gracia tampoco para mí! —aulló Brian, descompuesto, inclinándose sobre la mesa del agente—. ¡Yo he visto el accidente con mis propios ojos, he examinado el cadáver, y juro que todo ocurrió como le digo! ¡Ni pretendo burlarme de nadie, ni tiene el menor sentido lo que usted dice! ¡No se puede quitar un cuerpo humano del asfalto sin dejar en éste las huellas de sangre del accidente!

—Eso es, exactamente, lo que dicen los enfermeros y lo que yo sostengo

—afirmó enfáticamente el policía—. Su historia ya me pareció delirante desde un principio, pero al menos imaginé que sí habría atropello. Y ahora, ni siquiera eso es cierto. No existe cadáver, no hay atropello y, por tanto, no hay descerebrado, como era lógico y previsible suponer.

—¡Lo hay, maldita sea! ¡Como hubo anteriormente un perro en iguales condiciones!

—Oh, sí, el perro... Espere un momento —alzó el teléfono de su horquilla y marcó con rapidez otro número, esperando. Luego, tras una pausa, habló—: ¿Doctor Mason? Sí, perdone lo intempestivo de la hora para llamarle. No, no se trata de ninguna urgencia. Soy el agente Dugan, de servicio en el cuartelillo del *sheriff*... Sí, doctor. Se trata de algo relacionado con un atropello. El de un perro... ¿Qué? No, no, ya sé que usted no es el veterinario, doctor. Pero tengo aquí una denuncia. Un hombre que dice haberle llevado un perro con el cráneo vacío, desprovisto de cerebro... Que usted tiene ahí el cuerpo. Sí, el denunciante es Brian Sheldon, un joven que acaba de regresar a la ciudad después de... de una larga ausencia ¿Cómo? Sí, doctor, entiendo. No, no le molestaré más, claro está... Gracias por todo. Y perdone.

Colgó. Alzó sus ojos glaciales hacia Brian. Su tono se hizo áspero:

—Bien, Sheldon. No sé qué juego se trae entre manos, ni siquiera si está borracho, loco, o ha vuelto para tomarnos el pelo a todos. Pero el doctor Mason acaba de confirmarme que ni usted le ha llevado perro alguno, ni eso tiene sentido, ni entiende una sola palabra de esa historia.

—¡No es posible! —protestó vivamente Brian, palideciendo—. ¡El doctor Mason no puede haber dicho eso! ¡Usted me está engañando, agente! ¡Todo esto forma parte de una gran mentira para trastornarme, para volverme loco! ¡Deje que yo mismo llame al doctor Mason y...!

—No, Sheldon, usted no va a llamar a nadie ahora —le frenó el policía, sujetando su mano cuando iba hacia el aparato telefónico—. Ya lo hice yo, y basta. El doctor negó toda esa historia grotesca, como esperaba. No hay perro, no hay cadáver, no hay nada de cuanto usted dice. ¿Qué espera que haga ahora? Va a entrar en esa celda a dormir, pero ahora sí cerraré la puerta, hasta que mañana decida el juez sobre su suerte. Y no intente resistirse, o me hará ser mucho más duro con usted.

Había arrancado de cuajo, con ira, el papel metido en el rodillo de la máquina, y lo rompió, sin dejar de mirar amenazadoramente al denunciante. Brian trató aún de exponer desesperadamente su razón.

—¡Agente, todavía queda algo por hacer! —clamó—. ¡Llame a la señorita Betsy Graham, a casa de los Graham, en Alameda Park, 327! ¡Telefonee a esa joven, y ella le confirmará lo que le he contado sobre el perro y el doctor Mason! ¡Ella no mentirá, ella lo sabe muy bien, estaba conmigo cuando todo sucedió! ¡Vamos, tiene que llamarla! ¡0 deje que lo haga yo, y usted escucha!

—Sheldon, estoy empezando a perder la paciencia —casi mordía las

palabras el agente del *sheriff* local—. No voy a molestar a nadie más a estas horas, ni usted tampoco. Mañana, cuando el juez resuelva sobre usted, podrá llamar a quien quiera, y tratar de convencer al *sheriff* Jarvis, que es bastante más duro de pelar que yo. Pero hasta entonces, le guste o no, va a meterse en esa celda, a dormir o a pensar, o a inventarse nuevas fantasías, si eso le gusta, y nada más. ¿Está claro?

—Agente, no puede hacer eso sin que yo...

—¿Que no puedo? —salió amenazador de su mesa, y avanzó hacia Brian, con la mano muy cerca de la culata de su revólver—. Vamos, intente alguna tontería, y le aseguro que se arrepentirá. He sido ya demasiado benévolo con usted, pero todo tiene un límite. En marcha, Sheldon.

—¡No! —rugió Brian, de repente—. ¡No más cárceles por decir la verdad!

Y antes de que el agente Dugan pudiera reaccionar o imaginarse la intención del detenido, éste entró en acción de modo fulminante.

Disparó con fuerza su puño. Un seco impacto se estrelló en el mentón del policía, que se tambaleó, medio *groggy,* sorprendido por la agresión. Al inclinarse para atrás por la fuerza del choque, Sheldon le clavó los nudillos de su zurda en el estómago, con otro mazazo que le dobló ahora hacia adelante. Fue el momento que aprovechó Brian para soltar otra vez su puño derecho contra la nuca del policía. Este se derrumbó a sus pies como un fardo. Golpeó el suelo pesadamente.

—Lo siento —dijo sordamente Brian, mirándole con frialdad.

Respiró hondo, tomando fuerzas. Se encaminó a la salida de la oficina del *sheriff,* sin perder un solo instante.

Momentos después, se alejaba a la carrera, por las calles desiertas y mojadas, sin volver siquiera la mirada hacia atrás.

Se metió en una cabina telefónica. Nerviosamente, buscó en una guía local, encontrando el teléfono del doctor Mason. Llamó allí con rapidez. Sonó el timbre dos o tres veces, antes de que lo descolgaran. Una voz impersonal habló:

—Doctor Mason. ¿Quién llama?

—Doctor, soy yo... —habló Brian, jadeante—. Estoy seguro de que me han engañado. Usted no pudo decir lo que dijo, ¿no es cierto? Yo soy Brian Sheldon, ¿me recuerda?

—Claro, Brian —asintió la voz del médico—. ¿Qué le ocurre?

—Doctor, el agente Dugan le ha telefoneado hace poco... ¡Le preguntó por el perro que le llevamos Betsy Graham y yo... Dice que usted... que usted negó todo lo relativo a ese perro, que no admitió haberlo examinado...

—¿Qué perro, Sheldon? —preguntó inesperadamente el médico.

—*¿Cómo?* —jadeó el joven, notando un escalofrío que subía por su espina dorsal súbitamente—. ¿Qué acaba de decir, doctor? No me dirá ahora que ya olvidó. ..

—¿Olvidar? ¿El qué? —la voz del médico sonaba tría, mecánica, hostil

incluso.

—¡Usted *sabe* que Betsy y yo le llevarnos un perro sin cerebro! ¡Usted prometió examinarlo, informar a las autoridades! ¡No puede negarlo ahora!

—Lo siento, Sheldon. ¿Se encuentra realmente bien, o necesita un médico?

—Doctor, lo único que necesito de un médico, es que confirme mis palabras. Y ese médico es *usted.* Tiene que llamar al cuartelillo, decir que les engañó, que todo es cierto. Que ese perro existe, que está en su consultorio...

—Sheldon, usted está loco. Aquí no hay perro alguno. Yo no le he visto a usted ni a Betsy Graham. Si sigue molestándome, llamaré a la policía.

Y colgó bruscamente.

Brian se quedó helado, con el teléfono en su mano, dentro de la iluminada cabina pública, preguntándose si no estaba ya en su vieja casa, durmiendo, y aquella era sólo una horrible y absurda pesadilla, de la que iba a salir definitivamente en cuanto despertase.

Pero no. No estaba durmiendo. No soñaba. No era una pesadilla.

Aquello era real y bien real. Estaba sucediendo ahora. Le estaba sucediendo a él.

—No puede ser... —miró el teléfono como si éste pudiera decirle algo—. No puede ocurrir esto... No tiene sentido...

Guiado por una súbita aprensión, hurgó de nuevo en las páginas de la guía, hasta dar con el apellido Graham. Había varios en la ciudad con ese nombre. Pero eligió el de Alameda Park, 327. Era la casa de Betsy y sus padres.

Le temblaba la mano y le corría el sudor por la frente cuando marcó el número. Esperó, hasta que el teléfono comenzó a sonar, al otro extremo del hilo. Nadie tomó el auricular, Sonó cinco o seis veces.

Luego, de repente, hubo un chasquido seco, distante. Y ya no sonó el teléfono. Un profundo silencio le llegó a través del auricular, llenándole de terror

—Betsy... —jadeó—. Betsy, ¿qué ocurre ahora?

Golpeó la horquilla, le devolvió la moneda, y la introdujo de nuevo, marcando el mismo número cuidadosamente. Esperó en vano. Ni señal de llamada ni tan siquiera de comunicar. Nada. Sólo el silencio.

La idea se abrió paso en su mente, corno una hoja de frío acero cortando su encéfalo:

—Han cortado la línea... El teléfono sonaba, hasta que alguien desconectó ese número... ¡Lo han cortado! Pero ¿quién, por qué?...

Salió de la cabina, mirando en derredor, a la pequeña ciudad provinciana, que parecía abandonada por sus habitantes, tal era la soledad y el silencio callejero en estos momentos. Ni un coche, ni un peatón, ni una luz en las ventanas. Nada ni nadie.

Recordó que se había dejado su maletín en la oficina del *sheriff,* pero ni pensó siquiera en volver. Tal vez el agente de servicio estaría recuperándose,

y eso significaría su encarcelamiento, bajo varias acusaciones, una de ellas bastante grave: falsa denuncia, engaños, y agresión a un agente de la autoridad.

Echó a andar a toda prisa, en dirección a Alameda Park. Corrió a largas y rápidas zancadas en muchos trechos del camino, a través de la población silenciosa. Sus pies chapoteaban en los charcos. Eso y sus pisadas era el único ruido audible.

No tardó en llegar. Las distancias eran cortas en Berkeville. Se paró en seco, sorprendido y alarmado, al alcanzar la esquina próxima a la vivienda donde dejara esa misma noche a Betsy Graham.

Había un coche-patrulla de la policía, detenido ante la casa. Sus ocupantes parecían montar guardia junto al vehículo, delante de la cerca. Pero eso no era todo. En cada esquina inmediata, había más hombres, salidos de sólo Dios sabía dónde. «No eran policías, sino gente civil, ciudadanos, algunos de ellos a medio vestir, con la camiseta visible bajo sus chaquetas, sin aparentemente sentir frío, pese a lo húmedo y desapacible de la noche otoñal.

Vigilaban. Todos ellos vigilaban, como si pretendieran evitar que alguien se aproximase a la casa. Como si ésta estuviera sitiada por alguna oscura e incomprensible razón que Brian no alcanzaba a imaginar.

Meditó, con una profunda desorientación apoderándose de él. Observó que la casa de los Graham aparecía en sombras, sin señal alguna inquietante o que pudiera alarmar a nadie. Pero entonces, ¿a qué venía esa vigilancia ciudadana y policial?

Tenía que salir de dudas, saber lo que ocurría. La idea de que Betsy pudiera hallarse en problemas, le inquietó seriamente. La muchacha podía necesitar ayuda. Y era quien más lo merecía.

Echó a andar resueltamente hacia la casa. Sus pasos sonaron firmes en la acera mojada. Los hombres allí agrupados se volvieron hacia él lentamente, como con sorpresa. Pero sus rostros no revelaron emoción alguna. Aun a aquella distancia, advirtió que las miradas fijas en él eran vacías y sin expresión. Algo, en su aspecto todo, le resultó familiar. Aquella gente allí parada, le hizo evocar otros rostros tan huecos y deshumanizados como los de ellos. Merrick, Butler, McCoy...

Esta gente miraba de igual modo. No parecían *humanos.*

Se paró en seco. Una repentina sospecha se abrió paso en su mente. Notó que se le erizaban los cabellos, mientras empezaba a recular. Uno de aquellos hombres le interpeló con voz inexpresiva:

—Es inútil, Sheldon. No puedes evadirte. Ya no. No luches contra lo imposible. Es mejor que comprendas que nunca te creerá nadie. Ven aquí. Será sencillo para ti.

—¿Qué significa...? —comenzó a tartamudear Sheldon, siempre retrocediendo, mientras observaba que ellos se movían lentamente hacia él, como al unísono. Los dos patrulleros, con igual ausencia de expresión, de vida en sus semblantes, se despegaban también del coche-patrulla y caminaban

hacia donde él estaba, con paso rígido, pero seguro, helada su mirada fija en él.

—No huyas, Sheldon —dijo uno de ellos—. No puedes hacerlo ya. Sabes demasiado. No saldrás de aquí...

Brian retrocedía, pese a todo, comprendiendo que nunca le dejarían llegar hasta la casa de los Graham, en cuyo interior no sabía lo que podía estar sucediendo, pero hondamente preocupado por la suerte de sus ocupantes.

Oyó pisadas tras él, y giró la cabeza, con un estremecimiento.

Un frío glacial recorrió su cuerpo.

Otro grupo de ciudadanos, en silenciosa marcha, le cerraban aquella salida también. Como a la inaudible llamada de una voz fantasmal, acudían a reunirse con los otros, a bloquearle, a irle rodeando, lenta e inexorablemente.

Pese al frío de la madrugada, estaba bañado en sudor. Le temblaban las manos y las rodillas. Angustiado, buscó un camino de evasión. No lo encontró. Por cada calle venía alguien. Eran grupos de seis u ocho personas. Incluso descubrió mujeres entre ellas.

Pisaban de modo rítmico y monótono el asfalto, como un ejército de autómatas terroríficos. Al menos una treintena de personas confluirían en él dentro de poco tiempo, formando un cerco inexorable en torno suyo. No había salida. No había evasión posible.

—Dios mío, no... —jadeó—. ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Es que todo el mundo en Berkeville se ha vuelto loco? Ni siquiera parecen ser ellos mismos... No parecen humanos...

Lo cierto es que su presencia tenía algo de aterrador, de pesadilla obsesiva. Brian Sheldon ignoraba en qué terminaría todo aquello, pero la seguridad de que un peligro espantoso, acaso algo peor que la misma muerte le acechaba, se iba afincando con mayor fuerza en su mente.

—Tengo que huir... —se dijo—. Pese a todo cuanto digan... tengo que salir de aquí a intentar salvar a Betsy de lo que nos acecha...

Miró en todas direcciones. Por cinco travesías llegaban los ciudadanos a confluir en el centro de la alameda, cerrándole todo el paso. Si era posible hacer algo, tendría que ser ahora mismo, en este preciso momento... o nunca ya.

Y lo hizo.

Lo único que le era posible hacer, para eludir aquel cerco siniestro que parecía venir de más allá de este mundo…

CAPÍTULO IV

Nada más pensarlo, lo puso en práctica.

Era el único camino viable, puesto que allí no había nadie acechándole o cerrándole la casida.

Y ese camino, era el poste telefónico.

Lo aferró con mano firme. Empezó a escalar con celeridad su tronco, y llegó hasta los aislantes de los cables telefónicos. Los extraños habitantes de Berkeville agrupados abajo, llegaron lentamente hasta el pie del poste. Alzaron sus cabezas, mirándole con total ausencia de emociones.

—Todo es inútil —dijo uno de ellos, monocorde—. Bajarás de ahí, tarde o temprano.

Y se quedaron al pie, esperando algo, mientras otros se alejaban, entrando en una de las viviendas. Brian imaginó en seguida lo que iban a buscar: un hacha o algo parecido para derribar el poste.

No esperó a comprobarlo. Rápidamente, se aferró a los cables telefónicos y se deslizó por ellos, temiendo al sentir su bamboleo, que pudieran desprenderse de sus aislantes a causa del peso, lanzándole al suelo.

Alcanzó de ese modo el poste inmediato Y luego otro y otro, siempre colgado de los cables, alejándose de sus perseguidores. Estos, desorientados, se lanzaban ya en pos de él, pero la agilidad de Sheldon, en lo alto de los cables, superaba en mucho la actividad de los presuntos enemigos. Sin embargo, se alarmó al ver a los patrulleros encaminarse a por el coche-patrulla, aparcado ahora justamente bajo su posición, quizá con la idea de irle persiguiendo con el coche, hasta que se viese obligado a bajar.

La idea cruzó rápida por su mente. Se anticipó a los policías. El coche-patrulla, con su portezuela abierta, era toda una tentación. Y jugándose el todo por el todo, se deslizó ahora poste abajo, y saltó a tierra.

En sólo dos segundos, penetró en el coche-patrulla que, como imaginaba, tenía las llaves introducidas en el encendido. Accionó las mismas, y el automóvil policial arrancó, cuando ya los patrulleros, sorprendidos, iniciaban la carrera hacia su coche.

Brian Sheldon pisó a fondo el acelerador. El coche, dotado de un potente motor, como correspondía a su condición, salió disparado, deslizándose como un proyectil sobre el asfalto, y levantando surtidores de agua que lo salpicaron todo a su alrededor.

No pudo ir hacia la vivienda de los Graham, porque ésta se hallaba rodeada por los misteriosos ciudadanos confabulados contra él. Se vio obligado a alejarse, dejando atrás la población, con todos sus habitantes, y adentrándose resueltamente por una carretera secundaria, hacia las cercanas

colinas.

En la campiña, la noche era oscura como boca de lobo. Los charcos y barrizales, apenas abandonó el camino de asfalto, para meterse por una senda a través de cañaverales y arboledas, en su afán por alejarse de toda posible vía de persecución, comenzaron a aumentar a su paso. El vehículo se hundía en ellos o se deslizaba por encima, bailoteando, pero saliendo de todo ello fácilmente, dada su capacidad de maniobra.

Alcanzó la colina, rodeándola por otro sendero no mucho mejor que el anterior. En la distancia sonaban sirenas policiales. Otros patrulleros le buscaban, evidentemente.

Se preguntó si serían policías normales, o aquella extraña gente de inquietante mirada, de expresión vacua, de sorprendente ausencia de humanidad, que le habían cercado poco antes. Gente como Merrick, como Butler... o como McCoy.

Tuvo un estremecimiento súbito… McCoy... Su viejo amigo Travis...

Sin cerebro.

Y el doctor Mason negando todo. Luego, el teléfono de los Graham, bruscamente cortado... Y la gente aquella esperándole, como helados enemigos, diciéndole que no podía escapar, que sabía demasiado...

¿Qué significaba aquello?

Un perro y un hombre, muertos en la misma noche, sin intentar siquiera salvarse del atropello... Con sus cráneos vacíos...

¿Era ésa la espantosa posibilidad? ¿Es que había en Berkeville *otras* personas como McCoy o como el perro? ¿Es que los demás tampoco tenían cerebro?

¿Qué estaba sucediendo allí?

De súbito, el hilo de los pensamientos de Brian Sheldon sufrió un brusco quiebro. El joven dejó de pensar, para hundirse en una repentina sensación de estupor e incredulidad.

No necesitó frenar el coche. Misteriosamente, el motor de éste emitió un ronquido súbito, y se detuvo. Los neumáticos dejaron de girar. La luz de los faros osciló, y se extinguió, como absorbida por aquella otra luz.

La luz verde, fosforescente, deslumbradora, que emitía aquel enorme objeto detenido en medio de la colina, sobre una zona de terreno quemado.

—¡Dios mío! —jadeó Brian, palideciendo—. ¡Un OVNI!



Era, realmente, un OVNI.

Lo que se llamaba comúnmente un *«objeto volador no identificado»,* un típico *«platillo volante»* como tantas veces se había imaginado cualquier

persona.

Sheldon pestañeó, la mirada fija en aquella magnética luz verdosa que brotaba de la superficie metálica, luminiscente, del disco inmóvil en medio del oscuro paraje. Su luz hacía resplandecer fantásticamente las arboledas y los cañaverales. La colina impedía que ese fulgor llegase hasta Berkeville.

—No es posible... —dijo Sheldon, rehaciéndose en parte, y saliendo del automóvil con gesto de estupor—. No puedo creer que yo encuentre un... un OVNI, en pleno campo, así, de repente...

Pero sí. Los estaba viendo. Lo había encontrado. Y podía comprobar ahora, por tanto, que el asunto no era sólo cuestión de fantasía literaria o de imaginación de los que fueron calificados muchas veces como visionarios o alucinados. Sencillamente, *existían.*

Aquél era un disco volador perfecto. Aproximándose lenta, muy lentamente, con gesto de perplejidad y también de prevención, observó, más de cerca, que la superficie o fuselaje de la nave, estaba confeccionada por un metal luminoso, desconocido quizá, de rara fuerza magnética.

No era visible la menor abertura sobre el disco. Unos soportes flexibles, surgidos acaso del interior de la nave, se apoyaban en el suelo desigual, nivelando la posición del raro vehículo espacial.

Recordó vagamente aquel fulgor fugaz que viera anteriormente en el cielo. La presunta estrella móvil...

¿Había visto descender la nave del espacio y ahora el destino le había conducido hasta su paradero?

Eran muchas preguntas sin respuesta, pero lo cierto es que se enfrentaba a uno de los grandes misterios de la época. Quizá de todos los tiempos. Era un privilegio que nunca había imaginado. Ni siquiera mientras leía historias de naves parecidas, allá en su celda de la penitenciaría, en las largas jornadas de encierro.

De repente, notó un zumbido peculiar. Clavó los ojos fascinados en la superficie luminosa del disco.

Se estaba abriendo una escotilla en su fuselaje.

Una lámina metálica se deslizaba con suave zumbido, dejando una abertura oval; por la que surgió, repentinamente, *alguien.*

Una figura viviente. En movimiento.

Brian Sheldon se dejó caer instintivamente entre los cañaverales, para no ser advertido.

Y desde allí, como hipnotizado, tuvo el raro privilegio de asistir a la presencia de un fantástico ser, llegado de otro mundo.

* * *

No era ningún monstruo, ciertamente.

Era un humanoide. Un ser con apariencia de ser humano, si bien ofrecía algunas diferencias notables en su físico. Detalles antropométricos y de estructura que le hacían resultar lo que realmente era: un «extraño». Un alienígeno, sin lugar a dudas.

Para empezar, era pequeño. Infinitamente más pequeño que cualquier hombre, sin ser un enano ni resultar deforme. Debía medir escasamente cinco pies[1]. Su cráneo era abultado, prominente, denotando un raro desarrollo de su encéfalo. Tal vez un indicio claro de su superior inteligencia, pensó Brian, perplejo, sin moverse de su improvisado escondrijo.

Un casquete de apariencia metálica cubría esa cabeza superdesarrollada. También parecía brillar como metal plateado su indumentaria toda, ajustada a su cuerpo. Era un varón, evidentemente, lo cual hacía pensar en la existencia de sexos en el lugar de donde él pudiera llegar ahora. La fosforescencia fantástica de la nave, envolvía el lugar en una especie de halo fluorescente, por el que se movía aquel personaje, no menos fantástico que el vehículo del que acababa de emerger, en la oscura y solitaria zona campestre.

Brian siguió la contemplación de los actos del hombrecillo, que se movía con autoridad y energía, como si pisara un suelo en el que no llegaba a sentirse realmente extraño. No se cubría con escafandra o casco alguno que envolviera su rostro —invisible por el momento a los ojos de Brian, ya que estaba vuelto en marcado escorzo, de espaldas casi hacia él—, lo cual hacía suponer que respiraba de un modo semejante al humano, y que podía sobrevivir en una atmósfera como la terrestre sin dificultad alguna.

Observó que sus brazos y piernas eran considerablemente largos para su estatura, sobre todo los primeros. Las manos, enguantadas, quizá tuvieran también cinco dedos. Desde allí, le era imposible apreciar tal detalle.

El individuo misterioso dio unos pasos, alejándose de la abertura por la que emergiera de la nave circular. Brian creyó advertir que no llevaba encima adminículo alguno que pudiera sugerir la naturaleza de un arma de cualquier especie. Pero esa observación no podía tomarse por definitiva. Si, realmente, como estaba seguro ya, era un auténtico *extraño,* un ser de otro mundo, ¿qué clase de desconocidos medios de combate podía llevar consigo realmente?

No quiso pensar más en ello. Sentíase ya sobradamente fatigado dando vueltas y más vueltas a todos los problemas que últimamente le acosaban como una pesadilla alucinante. Aún estaba demasiado próximo el recuerdo terrible de los instantes vividos frente u los habitantes de Berkeville, en aquella noche delirante, en que todo parecía alterarse de modo inexplicable, en que los seres reaccionaban de una forma fuera de toda lógica... y en unos momentos en que parecía normal que un ser vivo, ya fuese irracional o no, apareciera muerto, con su cráneo vacío por completo, totalmente descerebrado. Y que, además, parecieran irse asociando todos, formando un grupo hostil que pretendía apoderarse de él.

Se estremeció, pensando en Betsy, cuya suerte actual ignoraba. Trató de

apartar esos dolorosos pensamientos de su mente, puesto que se sentía impotente para actividad alguna encaminada a salvar a Betsy de cualquier peligro que la acechara, y concentró toda su atención en el personaje de la nave espacial.

Repentinamente, el hombrecillo de indumentaria plateada, se había vuelto hacia donde él estaba. Brian pudo contemplar su rostro con relativa facilidad. Asombrado, se dijo que la realidad superaba en mucho a la fantasía de los imaginativos, en relación con la apariencia de los presuntos visitantes de otros mundos.

Aquel alienígena, tenía un rostro singular. Sorprendente.

No era feo, sino hermoso y frío, como tallado en vidrio. Esa impresión la producía su propia epidermis, tersa y brillante, cristalina, de un leve matiz azulado. Las facciones, regulares y pequeñas, podían haber encajado en una escultura. Sólo la frente, hasta el casquete metálico era amplia y ligeramente abombada. Los ojos tenían un raro brillo dorado, como si fuesen de oro puro.

Brian se puso rígido. Algo le dijo que las cosas no se presentaban bien para él, contra lo que pudiera parecer. Se notó de pronto como indefenso y al descubierto. Algo, quizá un pensamiento ajeno, llegó a su mente, como una punzada aguda. Estuvo seguro de que *«alguien»* pensaba, no lejos de él:

«Es inútil que te ocultes, humano. Te he visto. Eres mi prisionero.»

Sí. Era un pensamiento ajeno, llegado de alguna parte, como una onda de radio captaba al azar, moviendo el dial de un receptor. Tenía que ser de *él.* De la criatura de pequeña estatura y rostro cristalino.

Y se comprobó inmediatamente lo que temía. Era algo más que una impresión. Realmente, de alguna forma, el extraño había pensado eso. Y se lo había transmitido en un lenguaje que no admitía traducciones: el del pensamiento.

Estaba caminando ahora el extraño.

Caminando *hacia él.* En línea recta. Seguro, frío, inexorable.

No podía verle, situado como estaba detrás de aquellos arbustos frondosos, estaba seguro. Lo pensó, e inmediatamente le llegó, de alguna parte, una respuesta:

—¡No sirve tu escondrijo. Puedo verte. Nada escapa a mi percepción, humano. No te resistas. No serviría de nada.

Seguro, pensó con una repentina impresión de angustia y horror. Lo estaba diciendo *él,* a través de una poderosa onda telepática, sin duda alguna. No sólo le transmitía sus pensamientos... sino que leía los suyos.

—No, no debo dejarme cazar... —pensó, pronunciando las palabras entre dientes, nervioso e irritado, intentando incorporarse y huir de allí presuroso—. ¡No me dejaré coger por esa gente!

Estaba recordando a las gentes del pueblo, a su extraña actitud, a su apariencia de marionetas movidas por hilos misteriosos e invisibles, accionados como si fuesen títeres, por una mano oscura y desconocida.

Tal vez... ellos. Sí, era seguro. Aquellos invasores de otro planeta,

cumpliéndose las previsiones de los pesimistas, habían llegado a la Tierra para apoderarse de ella y de sus habitantes, para manipularles como simples robots a su antojo.

Él no se dejaría cazar. No sería un muñeco más en sus manos. Resistiría hasta morir, si era preciso. Estaba dispuesto a ello. Se incorporó decididamente, y echó a correr, alejándose del OVNI y de su fantástico ocupante.

—¡No huyas! —notó que le ordenaban mentalmente, con una fuerza autoritaria, y esa orden llegaba, poderosa, a su cerebro. Pero la rechazó. No obedeció.

A sus espaldas, el hombrecillo no se molestó en correr. Sencillamente, extendió uno de sus largos brazos hacia Brian Sheldon. Estiró sus dedos enguantados en plateado metal flexible. Apuntó con ellos hacia el fugitivo.

Eso basto.

Brian notó como una brutal sacudida dentro de sí. Sus pies parecieron echar súbitamente raíces en la tierra. Paralizado, adherido al suelo intentó en vano seguir huyendo. Una rara sensación de abandono se apoderó de él. El cuerpo no parecía suyo. Sólo era capaz de pensar. Y sus pensamientos no podían ser optimistas.

Luego, permaneció en esa posición, rígido, corno una estatua o un árbol, como algo frío e inanimado. El extraño siguió apuntando sus dedos hacia él. Brian se estremeció nuevamente.

Y todo se hizo oscuro en su cerebro. Dejó de pensar, de sentir, de ver, de oír, de percibir sensación alguna. La oscuridad de la inconsciencia total le envolvió.

Y no supo más.



De haber podido presenciar lo que sucedió inmediatamente después, el asombro del joven Sheldon no hubiera tenido límites. Fue como la obra de un ilusionista asombroso. Algo que no tenía explicación lógica posible, ni siquiera apelando a la telequinesis. Porque todo resultó demasiado fácil, como sin esfuerzo, para poderlo atribuir a simples poderes parapsicológicos.

La mano del viajero del OVNI se movió con acompasado ritmo, igual que si empezase a dirigir una invisible orquesta. Lo que logró con ese simple ademán, fue prodigioso.

El cuerpo de Brian se elevó en el aire, como si fuese un ave o una pluma ingrávida, flotando hasta adoptar una postura horizontal a cosa de unos tres pies sobre el nivel del suelo. En esa posición, flotó suavemente, desplazándose hacia el hombrecillo plateado de rostro cristalino, rebasando a éste, y

terminando por penetrar en el platillo detenido en tierra, por la misma escotilla que utilizara el extraño en su salida.

Luego, calmosa, silenciosamente siempre, el hombrecillo bajó su brazo, y caminó con rigidez hacia la escotilla, desapareciendo por ella, tras su cautivo inconsciente.

La pared de la nave se cerró lenta, silenciosamente. Al acabar de deslizarse la lámina metálica, no parecía existir abertura alguna en el fuselaje circular de aquella nave misteriosa llegada desde otros mundos.

Nadie hubiera podido imaginar la forma asombrosa en que había sido raptado el joven Brian Sheldon, e introducido luego en el OVNI de fosforescencia verde y enigmático origen.

Si a Brian Sheldon le hubieran dicho cuando salió pocas horas antes de la penitenciaría del Estado, que iba a ser raptado por unos seres llegados desde Andrómeda, hubiera llamado loco o imbécil a quien se lo dijera.

Sin embargo, sencillamente eso era lo que había ocurrido.

Pero él aún no lo sabía.

CAPÍTULO V

El zumbido tenue, suave, persistente y lejano, le despertó.

O tal vez no fue ni siquiera ese zumbido. Algo pudo arrancarle de su inconsciencia, tan brusca e inexplicablemente como se la habían producido.

Trató de recordar. Y recordó. Sacudió la cabeza, mirando en torno con asombro. Muros curvados, de un material como el plástico, pero singularmente luminoso, paneles que recordaban una computadora, pero singularmente compleja, empotrada en uno de los muros. El suelo era suave, esponjoso y blanco, como si flotara sobre nubes algodonosas. Se puso en pie lentamente, y pisó aquella blandura en la que sus pies se hundían muellemente. Caminó sin dificultad hacia la computadora. El aire era ligero y agradable, como si estuviese graduado para producir una sensación sedante y amable.

Pero todo eso podía ser engañoso. Brian estaba seguro que, de hecho, lo era. Un puro engaño que ya otros debieron experimentar antes, cuando fueron raptados por los extraños. Allí dentro, los seres misteriosos procederían de algún modo a vaciar sus cerebros y a establecer su propio control sobre las personas, haciendo de cada una de ellas una perfecta marioneta a su servicio, manipulada mentalmente a distancia.

Era una idea fantástica, pero Brian ya no se sentía sorprendido por nada, y admitió que sus deducciones tenían muchas, muchísimas posibilidades de ser desgraciadamente ciertas.

Le horrorizaba la idea, pero tenía que irse habituando a ella como algo aterradoramente natural. Habían sido invadidos: Invadidos desde otros mundos, desde el espacio exterior. El tópico de los pesimistas de la S.F.[2], se cumplía a rajatabla, de modo infortunado para ellos, los humanos.

Esos invasores de la Tierra, tenían facultades sobradas para vencer a los humanos sin necesidad de acciones violentas ni de arrasar ciudades o países. Sencillamente, les bastaba «apoderarse» de sus mentes, vaciar sus cráneos y aposentar en el interior de éstos, de alguna forma que él no podía imaginar, sus propios pensamientos. Haciendo de cada hombre un robot.

¿Sería ése el terrible fin de la Humanidad?

Se detuvo ante la amplia y complicada computadora mural, mientras seguía el hilo de sus pensamientos. Estudió los caracteres cifrados, los signos que le resultaban por completo ininteligibles, ya que eran trazos de una escritura ignorada, muestras de una lengua remota y desconocida.

Pese a ello, Brian pulsó una serie de teclas, comprobando los resultados en una serie de pantallas ovoides, que se iluminaron, con otro zumbido más tenue aún que el que se escuchaba allá al fondo, procedente de algún punto

del lugar donde se hallaba cautivo y que, sin dudarlo mucho, supuso que sería el propio OVNI de luz fosforescente.

Estudió en silencio los caracteres y cifras que aparecían en las pantallas fluorescentes, en una extraña tonalidad entre anaranjada y oro, que él desconocía. Era como examinar chino, japonés o arábigo. Pero intentó ver el sentido de ellos, adivinar su relación mutua. Siguió probando las teclas diversas, cambiando operaciones matemáticas, lenguaje en forma de oraciones o palabras, quizá sin sentido, hasta que, sin saberlo, pulsó alguna tecla especial, que ponía en funcionamiento un circuito electrónico de traducción.

Sobre una de las ovaladas pantallas, la frase sorprendió a Brian con su claro significado:

TRADUCCION AUTOMATICA DE IDEAS Y CONCEPTOS A TODO LENGUAJE UNIVERSAL.

—Cielos, di con ello... —jadeó, pulsando nuevamente esa tecla, mientras preguntaba lentamente, situado ante una especie de micrófono o receptor de sonidos de aquella computadora tan singular—: ¿De dónde procede esta nave y sus ocupantes, dicho en lenguaje terrestre comprensible para mi mente? Yo utilizo el inglés, pero también comprendería sin dificultad el español o francés...

Esperó. La máquina reaccionaba a su pregunta. Actuaba. Los paneles se apagaban y encendían, Los circuitos memorizaban y transmitían sus palabras a bancos de memoria donde, tal vez, un complejo sistema que no podía adivinar, procedía a esa hipotética traducción.

De nuevo una pantalla se encendió, empezando a surgir palabras ¡en perfecto inglés!

Estupefacto, Brian Sheldon leyó la increíble información en la pantalla de la máquina:

PROCEDENCIA DE ESTA NAVE:
PLANETA XAAK, SITUADO A DOS
MILLONES DE AÑOS- LUZ DE ESTE
MUNDO.
SITUADO EXACTAMENTE EN EL BORDE
DE LA NEBULOSA M-31, LLAMADA AQUI
ANDROMEDA.

Tardó unos momentos en reaccionar, en salir de su profundo estupor. Atónito, releyó aquellas palabras en la pantalla, pensando inicialmente si sería una burla de la máquina. Luego, empezó a comprender que era ridículo pensar algo así. La máquina no tenía por qué mentir.

Los extraños habían viajado a través de dos millones de años luz de vacío cósmico. Habían venido de Andrómeda.

A conquistar el planeta Tierra. Era absurdo, pero no había duda alguna sobre ello. Lo que sucedía en la enloquecida población de Berkeville aquella noche, y la presencia del OVNI a espaldas de la colina, no podían ser dos hechos sin conexión entre sí. Esas casualidades no podían darse, estaba convencido de ello.

—¿Sorprendido, humano?

Pegó un respingo. Esta vez sí se llevó una tremenda sorpresa al oír la voz bien modulada, suave y fría, a espaldas suyas. Se volvió, todavía impresionado.

—¿Quién...? —comenzó—. ¿Quién es... *usted?*

No se trataba del mismo hombrecillo que viera antes. Vestía igual y tenía también un rostro de epidermis cristalina. Pero eso era todo. Este era algo más alto y más fornido. Sus brazos, sorprendentemente, eran aún más largos, y en su cráneo prominente, que cubría aquel casquete plateado, aparecían mechones de una especie de sedosa melena parecida a la fibra de vidrio, colgando muy blanca, a ambos lados. Algo en su faz, hacía pensar en una mayor edad, aunque la materia cristalina de que se componían, no ofreciese arruga o pliegue alguno.

—Soy Kraal —dijo él—. Bien venido a bordo de mi nave.

—Yo no pedí venir a ella —replicó secamente Brian, preguntándose cómo hablaría aquel hombre su lengua tan nítidamente.

El hombre cristalino sonrió, y demostró captar sus pensamientos a la perfección.

—Traducción mental, es sencillo —dijo a modo de explicación—. Podemos aprender con rapidez palabras e ideas. Y las adaptamos al lenguaje de nuestros interlocutores. Eso es todo.

—Es mucho. ¿De verdad proceden de Andrómeda?

—La máquina se lo ha revelado. La máquina no miente nunca. Es cierto, sí. Ustedes llaman Andrómeda a nuestro cúmulo galáctico.

—Está muy lejos.

—No hay distancias para nuestras naves. Salvada la barrera de la luz, todo es ya sencillo.

—Y han venido a invadir nuestro suelo, a apoderarse de nuestro planeta de un modo frío y deliberado. ¡Para eso ha viajado la gente de Andrómeda hasta nuestro mundo! —le espetó Brian, virulento.

—En todos los mundos hay ambiciones y hay seres que se nutren de los demás, humano. Nosotros…

Brian no le dejó seguir. El hombre —o lo que fuese realmente— procedente de la remota galaxia, se había vuelto un momento de espaldas a él, señalando hacia la computadora.

Jugándose el todo por el lodo, Brian aprovechó ese momento sin perder la ocasión, aunque temiendo que, incluso de espaldas, aquel ser resultase invulnerable a sus ataques.

Sorprendentemente, no fue así. Brian había elegido como punto vital

probable, una especie de botón que sobresalía de la nuca del que dijera llamarse Kraal, bajo el casquete plateado. Golpeó sobre él demoledoramente, tras unir sus dos manos entrelazadas, formando un solo puño de doble efecto, que batió, poderoso, el lugar elegido.

Sucedió algo pasmoso y estremecedor.

Kraal se agitó, como sacudido por una descarga eléctrica de alta tensión, y de su nuca saltaron chispas azuladas, con un crepitar brusco. Luego, pesadamente, sin una sola queja o movimiento, el ser se desplomó a los pies de Brian, quedando allí inmóvil, aún con el chisporroteo en su nuca golpeada...

En la pantalla de la computadora, aparecieron unas letras rojas, formando unas nuevas frases:

ALARMA ESPECIAL.
¡KRAAL ESTA MUERTO!
EMERGENCIA CERO.

Y súbitamente, apenas tuvo ocasión de leer eso, una súbita luz resplandeciente, le envolvió, cegándole y obligándole a cubrir su rostro, deslumbrado por tanta claridad repentina. Fue como si esa luz le absorbiera, sumergiéndole en un ascua de resplandor blanco, y Brian pensó que ésa debía ser la muerte destinada a los que, como él, atentaban contra la vida de uno de los extraños.

Borrosamente, notó que todo le daba vueltas en derredor, sintió caer su cuerpo en alguna parte... y tan bruscamente como surgiera, cesó el resplandor.

La oscuridad, por contraste, resultó más intensa, como un mar de tinta negra, en el que se debatiera dificultosamente.

Luego, poco a poco, sus ojos deslumbrados se habituaron a la sombra, y llegaron a captar las nubes oscuras, las estrellas asomando por entre ellas... Y alrededor suyo, los arbustos, los matorrales, las piedras, el sendero en declive, la colina...

Estaba de vuelta donde perdiera el conocimiento anteriormente.

Pero alrededor suyo, del OVNI llegado de Andrómeda, ni rastro alguno.



Brian contempló los edificios, parapetado tras el tronco de un árbol.

Tal vez era una locura regresar allí, pero no podía evitarlo. Algo superior a sus fuerzas le empujaba a ello. En vez de huir de modo definitivo de Berkeville, volvía al pueblo maldito, sin saber siquiera por qué.

Allá atrás, quedaba la colina desierta, oscura y silenciosa. Como si nunca

hubiera habido allí un disco volador. Como si todo aquello de Andrómeda y sus viajeros galácticos hubiera sido una simple pesadilla sin sentido.

¿Lo fue, realmente? ¿Dónde empezaba la realidad y terminaba el sueño?

Berkeville parecía tan normal corno siempre. La hora era avanzada ya, y todos los establecimientos aparecían cerrados, incluso los paradores de carretera. Las luces de! alumbrado público se reflejaban en los negros charcos de lluvia. El silencio parecía el habitual en la noche. Las casas mostraban sus fachadas a oscuras, sin luz en las ventanas. Había coches aparcados, semáforos funcionando sólo con el intermitente ámbar... En fin, todo como siempre.

¿También aquello pudo ser una pesadilla? ¿Es que lo de Sam Butler, lo de Travis McCoy, lo de Merrick, lo del perro... había sido sólo un mal sueño?

No, estaba seguro que no. Como no lo fue el cerco de extraños seres que *parecían* humanos, y de los que escapó colgándose de los cables telefónicos. Todo aquello había sido real, tremendamente real.

—También lo fue lo del disco volador —mascullló Brian Sheldon, hablando consigo mismo—. Estoy seguro de ello, maldita sea...

Y resueltamente, avanzó hacia la población, a pesar de todo.

El aire de la madrugada era frío y desapacible. Un aire húmedo barría la zona, y agitaba el agua acumulada en las charcas, produciendo ruidos inconcretos en donde hubiera maleza o arboleda. Ruidos que, en las circunstancias actuales, no podían por menos de resultar inquietantes para Brian Sheldon. Ruidos que no eran nada posiblemente, pero que daban la sensación, a veces, de ser producidos por algo que se arrastrase en torno, por *algo* o *alguien* que vigilase, invisible, desde las sombras.

Ahora, todo parecía lejano, remoto. Incluso sus propios problemas personales de horas antes. ¿Qué podía importarle ahora su pasado, sus años de encarcelamiento, su regreso al pueblo en busca de la rehabilitación, el viejo suceso, con la muerte de Derek Fuller, el hijo del cacique?

Repentinamente, como por arte de una magia extraña y siniestra, todos eses hechos se diluían, parecían perder su significado y valor reales, para convertirse en accesorios, en insignificantes incluso.

Y todo, por algo que ni siquiera estaba seguro de que fuese cierto. De que hubiera ocurrido, en realidad.

Se detuvo cuando sus pies chapotearon en uno de los charcos, y notó el desagradable contacto con unas larvas que se agitaban en el agua negra y fangosa.

Nunca le habían gustado las orugas. Con tanta lluvia, éstas acostumbraban a emerger de la tierra blanda y mojada, pero quizá la intensidad de las actuales precipitaciones, habían hecho que la presencia de los gusanos repulsivos fuese más frecuente y más audaz en todos los puntos. Algunas de esas larvas, de cuerpo largo, blancuzco y de fofa blandura, reptando sobre sí incansablemente, se habían remontado sobre sus zapatos, y rozaban el pantalón.

Sacudió las piernas, las apartó de si, y luego pisoteó algunas, apartándose del lugar con una leve sensación de náuseas, mientras otras formas alargadas, otras orugas, se agitaban en el charco.

De repente, olvidó por completo a los gusanos. Había motivos para ello.

—Quieto, Brian Sheldon. No dudaré en disparar, si me obligas a ello —advirtió secamente la voz—. Estás arrestado, en nombre de la ley.

Se quedó rígido, mirando al que hablara. Aquella voz le era familiar. Ingratamente familiar, pese al tiempo transcurrido. En cinco años, no se olvidan las voces de la gente a quien se odia.

Jonas Jarvis era uno de esos hombres. Sólo que ahora no era solamente el esbirro fiel del cacique Fuller. Era algo más. Era el *sheriff* de Berkeville. La ley, la autoridad.

Estaba en medio de la calle, con su recia humanidad, su sombrero de anchas alas, ensombreciendo el rostro ancho y vigoroso, de acentuadas mandíbulas y ojos estrechos, fríos y duros. Llevaba una chaqueta de cuero, con la placa de *sheriff,* sobre su camisa beige y su pantalón marrón, con botas.

En la mano, empuñaba sin contemplaciones un voluminoso revólver calibre 38, encañonado hacia él.

—Vaya, Jarvis, volvemos a encontrarnos —comentó fríamente Brian, clavando sus ojos heladamente en él—. ¿Quieres volver a meterme en una celda por otros cinco años?

—Ahora, desgraciadamente, será mucho menos tiempo, Sheldon —sonó ásperamente la voz de Jarvis—. Por golpear a un agente de la autoridad, sólo estarás encarcelado cosa de dos o tres meses. Claro que tus antecedentes son malos, y ello podría prolongar la condena a medio año. Lo siento por ti, Sheldon. Tú viniste a buscar los problemas, nadie te los provocó.

—¿De modo que me arrestas por pegarle a tu subordinado en el cuartelillo? —indagó Brian, caminando hacia el, con los brazos levemente alzados, sin desviar sus ojos del arma de Jarvis.

—¿Por qué iba a ser, si no? Lo otro pasó ya. Cumpliste tu condena. No tengo nada personal contra ti, aunque no lo creas.

—Eres un fiel amigo de Fuller. Eso basta.

—Soy la ley —replicó él agriamente—. No soy amigo de nadie, Sheldon. No estaría arrestándote ahora, si no fuese porque has quebrantado la ley en nuestra ciudad, tú lo sabes.

—Lo que quisiera saber es si eres uno de «ellos» o, realmente, sigues siendo el mismo Jonas Jarvis, y me arrestas en cumplimiento de la ley, y no para convertirme en un autómata más.

—¿Qué diablos estás diciendo? ¿Qué tontería es ésa? *¿Ellos?* ¿A qué te refieres?

Brian miró fijamente a los ojos a su interlocutor. Vio luz y expresión en ellos, y recordó la vacua mirada del infeliz Travis McCoy cuando se cruzara con él y no le reconociera. Además, Jarvis sí parecía identificarle perfectamente.

—Creo que, después de todo, sigues siendo tú mismo. Lo demás... ¿para qué contártelo? No ibas a creer una sola palabra de todo ello.

—Está bien. Dejémonos ya de charlas. Andando, Sheldon.

Echó a andar, forzado por las circunstancias. Intentar desarmar al *sheriff,* era tan difícil como pretender encontrar de nuevo el OVNI de luz verde, o tratar de explicarle a Jarvis la historia de los seres llegados de Andrómeda para destruir a los humanos y reducirlos a la condición de autómatas descerebrados.

Resultaba preferible dejarse arrastrar por las adversas circunstancias y no oponer resistencia alguna. Ya pensaría en algo para salir de aquel problema, aunque sabía que, ni siquiera en circunstancias normales podía encontrar fácil ayuda en Berkeville. Y menos, por parte de los amigos de Lamont Fuller, el hombre que tanto debía odiarle, por la muerte de su hijo Derek.

Caminaron con paso firme durante varias solitarias calles. El, delante. A menos de cinco pasos de distancia, revólver en mano, el *sheriff* Jarvis.

—¿Siempre hay la misma soledad en Berkeville a estas horas? —preguntó Brian por el camino, sin volverse siquiera.

—Claro. Poco más o menos... Después de todo, es plena madrugada. ¿Qué esperabas?

—No sé. ¡Pero hoy es diferente.

—¿Diferente? ¿Por qué? Antes, esta ciudad era más ruidosa. En cinco años, ha cambiado bastante. Hay industrias, trabajo en las proximidades... Tenemos una importante central de energía nuclear cerca. Aprovisionamos de energía eléctrica a todo el condado y a gran parte del Estado. La gente trabaja mucho. Otros jóvenes emigraron a las grandes ciudades, en busca de más porvenir. Esto ya no es lo que era cuando tú te emborrachabas y te ibas con chicas por ahí, Sheldon. No creo que haya sitio actualmente para ti, aquí en Berkeville.

—Si sólo fuera eso... —jadeó Brian.

—¿Qué decías? —refunfuñó Jarvis.

—¡No, nada. Olvídalo. Si te hablara de ello, no ibas a creer nada en absoluto.

—Es ya la segunda vez que me dices eso —silabeó el *sheriff*—. ¿Qué quieres dar a entender con ello?

—Nada —suspiró Brian amargamente—. Tú nunca creerías la historia de que varios hombres de esta ciudad, incluso animales, andan por ahí *sin cerebro,* con su cráneo totalmente vacío, dominados mentalmente por unos seres superiores, llegados de otro mundo, y que empiezan a controlar la vida en Berkeville, convirtiéndola en una especie de absoluta mecanización sin alma, ¿verdad?

—¿Qué estupidez es ésa? —gruñó Jarvis—. ¿Pretendes tomarme el pelo?

—Jarvis, por el amor de Dios, ¿no has visto a ninguna persona con aire ausente, con ojos vacíos de luz y de expresión, moviéndose de modo mecánico, sin reconocer a los demás, sin memoria aparente? ¿No te has

cruzado con nadie así?

—Sigue tu camino y no te detengas, Sheldon. Empiezo a pensar que los años de encierro te han vuelto chiflado por completo. Será preciso que el doctor te examine.

—¡No, el doctor no! —se aterró súbitamente Brian—. Es... es uno de «ellos», creo. Uno de esos autómatas. Pero él aún tiene *memoria,* aunque no quiere tenerla. Debe ser una especie de proceso. Primero son *absorbidos,* luego descerebrados, convertidos en robots humanos, no sé por qué... El doctor Mason me aniquilaría...

—Estás rematadamente loco, Sheldon. Pero yo no me refería al doctor Mason, sino a la doctora Payne.

—¿La... doctora Payne? ¿Quién es? —se sorprendió Brian.

—Susan Payne. Tú la conociste por entonces. Estudiasteis juntos en la escuela local. Lila se hizo médica. Doctora en psiquiatría. Estableció una clínica psiquiátrica en este lugar. Ha obtenido fama, en sólo tres años. Recibe clientela de muchos lugares del Estado.

—Susan Payne... ¿La muchachita rubia que...?

—La misma —asintió Jarvis—. La muchachita que bailaba contigo muchos sábados, en el club nocturno, antes de que tú te lanzaras a vivir una vida intensa y nada edificante, Sheldon. La rubita Susan Payne... hoy en día la doctora Payne, psiquiatra. A ella llamaré para que te examine. Nunca había oído tantas tonterías como las que tú me has endilgado ahora mismo. Bueno, ya estamos llegando, muchacho. Dormirás tranquilo en la celda, seguro. Está limpia y tiene una cama con un buen colchón. Es todo lo que podemos ofrecerte en nuestro hotel —terminó con una risa burlona.

Brian Sheldon estaba pensando desesperadamente en algo. Algo que no era fácil de intentar. No quería entrar allí, no deseaba verse envuelto otra vez entre rejas, y menos sabiendo do que estaba ocurriendo fuera, el extraño y oscuro peligro que les acechaba a todos.

Si el disco volador había existido, si él estuvo realmente *dentro* de un OVNI, había matado al alienígena llamado Kraal, las cosas iban a ponerse posiblemente peor para él y para todos. Los seres de Andrómeda buscarían venganza. Ignoraba, incluso, por qué no la habían ejercido ya en él, limitándose a dejarle de nuevo en plena campiña, mientras el platillo volante desaparecía de modo misterioso.

—Vamos, apresura el paso —refunfuñó Jarvis, malhumorado—. No quiero estar toda la noche en la calle. Yo también tengo derecho a dormir. Y es lo que estaría haciendo, si no fuera por ti, maldito Sheldon. En cuanto has vuelto, han empezado los problemas otra vez.

Le empujó sin miramientos con el cañón de su azulado revólver. Brian comprendió que no había otra solución. O dejarse encerrar, o morir allí mismo. Si intentaba la fuga, estaba seguro de que Jarvis le dispararía a matar. Sería algo que Lamont Fuller le premiaría sin duda generosamente.

Y se dispuso a entrar en el cuartelillo, para estar de nuevo entre rejas,

sólo Dios sabía por cuánto tiempo... mientras un horror desconocido se desarrollaba en el exterior, exterminando a los habitantes del pequeño lugar.

En aquel momento, algo vino a cambiar las cosas.

Por la esquina situada más allá de la iluminada puerta del cuartelillo del *sheriff,* situado en la calle Mayor, apareció un grupo de personas.

Eran diez o doce. Recordó algunos rostros. Los había visto anteriormente, rodeando la vivienda de los Graham. ¡Eran «ellos»!

Aquellas mismas miradas vacías, aquella inexpresividad, aquel frío deshumanizado que helaba la sangre en las venas...

—*¡Sheriff,* véales! —jadeó Brian, desesperadamente—. ¡Esos son! Son... son «ellos»...

—¿Qué diablos...? —Jarvis miró en la dirección que señalaba Brian, y arrugó el ceño, con expresión malhumorada—. Son gentes de aquí, Sheldon. Ciudadanos que van, posiblemente, a su trabajo... No hay nada raro en ellos, olvide sus locuras...

—Mire, Jarvis, *mire* bien —pidió el joven con exasperación—. ¿No se da cuenta? Vea sus ojos, su expresión, su rigidez... No..., no son *humanos.* Ya no. Sólo son envolturas de carne y hueso, con las mentes vacías, movidas no sé cómo...

El grupo se había detenido. Miraba a Jarvis y a su prisionero, con una cierta cautela, como esperando hacer algo. Sheldon captó en ellos algo más de expresión que en el pobre McCoy. La idea de que la transmutación de ser humano en simple «cosa» descerebrada era *progresiva,* se abrió paso en su mente de un modo fulminante. Aquellas personas se hallaban aún en posesión de una inteligencia que quizá les era ajena, pero que les dirigía y que les permitía ser cautelosos y astutos en sus acciones. Tal vez poco más tarde, fuesen sólo como McCoy, como el pobre perro, como Merrick o el patrullero Butler. Y... ¿después?

Sintió un escalofrío. Ni siquiera sabía qué venía *después,* cuál era la fase final de la metamorfosis monstruosa.

El grupo, repentinamente, se puso otra vez en marcha. El hombretón que los capitaneaba agitó un brazo hacia el *sheriff.*

—Escuche —llamó—. Venimos a denunciarle algo, *sheriff...*

—¿Denunciarme? —el gesto de Jarvis reveló nueva contrariedad—. ¿Qué es ello ahora?

—¡No, Jarvis, no se fíe! —jadeó Brian—. ¡No les haga caso! Es una trampa... ¡Una trampa para *los dos!.*

—Cállate de una vez, Sheldon —se irritó el *sheriff,* demasiado tozudo *y* romo de ideas para admitir nada fuera de lo normal—. Estás rematadamente loco, muchacho... A ver, vosotros, ¿de qué se trata?

Era el momento. Ahora, o nunca. El *sheriff* estaba distraído, atendiendo al grupo. Si dejaba pasar esta ocasión, ya no sería una celda lo que le esperaba, sino el espantoso destino que a todos los demás.

Actuó veloz. Se volvió con vertiginosa rapidez y golpeó con fuerza,

utilizando ambos puños. Uno machacó el mentón del *sheriff* Jarvis, mientras el otro se estrellaba poderosamente en su mano.

El arma cayó a tierra, al abrir Jarvis sus dedos, sorprendido. Luego, el golpeado se tambaleó, *groggy,* iniciando la caída. Los hombres se movieron en grupo, con rapidez, ¡hacia ellos.

Sheldon se agachó, sin perder momento, y tomó el revólver del *sheriff,* para enfrentarse, arma en mano, a los amenazadores personajes.

CAPÍTULO VI

—¡Quietos ahí! —avisó con voz potente—. ¡Si seguís adelante, empiezo a disparar!

Ellos le miraron, deteniéndose. Cambiaron miradas entre sí. Finalmente, el hombre que los dirigía, se echó a reír.

—Vamos, vamos, no puedes hacer nada —dijo fríamente—. No somos como los demás, tú ya lo sabes. Tus balas no nos harán absolutamente nada.

—¡Puedo mataros —silabeó Brian, crispado, amartillando el arma—. Como murió McCoy. A él le atropello un camión. Vosotros también podéis morir. Os mataré a tiros, si es preciso.

—Nosotros no podemos morir —se burló el otro—. Todo lo que lograrás será matar nuestros cuerpos... Pero éstos ya casi no forman parte de nosotros. Pronto no los necesitaremos. Vamos, no seas necio. Entrégate. Sé uno de nosotros. No puedes escapar a tu destino.

—Lo veremos. ¡Un solo paso más, y empiezo a disparar!

Ellos sonrieron glacialmente. Y dieron ese paso hacia él.

Tronó el revólver en la mano de Brian. Cayó el primer hombre del grupo, con el cráneo pulverizado por un proyectil. Brian no se sorprendió al verle rodar por el suelo, con el cerebro totalmente vacío. Cuando menos, ni sangre ni masa encefálica brotaron por el orificio.

¡Luego, mientras Jarvis se, recuperaba lentamente, Brian Sheldon echó a correr, sin soltar el arma, mientras gritaba al *sheriff:*

— ¡Escape usted también, Jarvis! ¡Si se queda ahí «ellos» se apoderarán irremisiblemente de usted!

Pero no creía que el tozudo *sheriff* le hiciera caso alguno. Eso, sin duda alguna, sellaría su terrible destino. Aunque los componentes del grupo se movían ahora, presurosos, en pos suyo. Era él quien les interesaba. A él querían capturar. Evidentemente, habían descubierto en su persona un peligro cierto, latente.

La carrera de Sheldon por las calles desiertas, en la madrugada silenciosa, tenía mucho de angustiosa. No se podía fiar de nadie, no creía ya en nadie. Todos allí serían sus enemigos. Estaba aislado, solo, abandonado a su suerte. Los seres de Andrómeda eran implacables.

—¡Es inútil, no huyas! —oía gritar a su espalda, con voz aguda—. ¡Te cazaremos al final! ¡No escaparás a tu destino! ¡Sabes que nos perteneces...!

Y la carrera seguía. La persecución inexorable continuaba. No sabía adónde ir, qué hacer, cómo luchar contra lo irremediable.

Ni siquiera advirtió que abandonaba las calles céntricas, para enfilar por una alameda arbolada, un zona residencial nueva, en Berkeville. No se dio

cuenta de nada, hasta que una luz brillante atrajo su mirada y, entre jadeos y zancadas, sus ojos se fijaron en un rótulo luminoso muy visible:

CLINICA PSIQUIATRICA DE LA DOCTORA PAYNE

Tal vez era el destino. O quizá aquél sería el final de su carrera, si la clínica estaba también dominada por «ellos». Fuera: como fuese, tenía que buscar un refugio.

Y lo buscó allí.

Desesperadamente, empujó las vidrieras, penetró en el edificio, ante el estupor de la enfermera de servicio nocturno, que trató de detenerle, incorporándose en la centralita a cuyo cuidado estaba.

—¡Eh, usted! —llamó—. ¿Adónde va? ¡Espere, no puede pasar!...

Brian le hizo rápidos gestos angustiados, señalando al exterior. La enfermera, sin entender, miró. Vio pasar el grupo de hombres, que tras una ojeada indiferente a la clínica, siguieron adelante, por la arboleda, en busca de su presa. Por fortuna, no le habían visto entrar en el recinto clínico, pero eso era sólo un respiro, y Brian lo sabía. De un modo u otro, terminarían por encontrarle.

La asustada enfermera miró su revólver, y luego le contempló a él, temiendo que un loco peligroso hubiera penetrado en el recinto. Brian lo entendió así, y la hizo un gesto tranquilizador.

—Serénese —rogó—. No voy a hacerle daño. Esa gente me persigue. Son criminales.

—¿Criminales? —la enfermera, evidentemente, estaba habituada a ver gente víctima de complejos y de manías persecutorias, y le estudió escéptica.

—Necesito ver con urgencia a la doctora Payne —dijo rápido Brian—. Hablaré con ella del asunto. Sólo con ella. Somos viejos amigos. ¿Puede llamarla?

—Ella acostumbra a quedarse a dormir en la clínica. Ahora descansa...

— Por favor, llámela —rogó Sheldon—. Es muy importante. Para mí y quizá para muchas otras personas...

Algo en su tono conmovió a la enfermera. Tras una indecisión, admitió:

—Está bien. La llamaré. Espere ahí.



Los ojos azul oscuros no pestañeaban apenas. La luz blanca, aséptica, del blanco recinto hospitalario, daba un nimbo dorado a sus cabellos. La doctora Payne, su antigua amiga Susan Payne, escuchaba. Escuchaba en silencio, sin interrumpirle.

Al final, reinó un silencio. La joven de blanca bala suspiró, moviendo la cabeza.

—Es una historia increíble —comentó.

—Lo sé —admitió Brian, sombrío—. No crees una sola palabra, ¿verdad?

—¿Tú la creerías si te la contase otra persona? —replicó Susan, rápida.

—La verdad..., no —admitió Sheldon—. No puedo culparte por ello, Susan.

—Brian, de todos modos, tienes suerte.

—¿Suerte? ¿Le llamas suerte a esto?

La doctora Payne se incorporó. Paseó por la habitación, afirmando con su rubia cabeza. Luego, se expresó con suavidad, serenamente:

—Sí, Brian. Mucha suerte. A ti solo, nunca le hubiera podido creer el relato de tus peripecias. Pero hay otra persona que lo corrobora exactamente, al menos en lo relativo a ese perro muerto y todo lo demás...

—¿Alguien? —Brian miró con estupor a la doctora—. ¿Quién, Susan?

—Betsy Graham.

—¡Betsy! —se sobresaltó él—. ¿Dónde está ella?

—Aquí —sonrió Susan—. A salvo. Igual que tú. Está en mi clínica.

—¿Es posible? ¿Cómo ocurrió?

—Se sentía como enloquecida. Creyó advertir que incluso sus tíos... ya no eran ellos. Que se comportaban extrañamente, que iban a su dormitorio con un gesto raro... Escapó de la casa como alma que lleva el diablo. Sólo atinó a venir aquí, por si ellos estaban locos y esto era una rara epidemia provocada por radiaciones nucleares. Ya sabrás que tenemos una nueva central nuclear, y eso ha provocado críticas y repulsas en la opinión pública, por sus posibles peligros. Su relato coincide punto por punto con el tuyo. Excepto en la historia de ese platillo volante, claro está. No puedo creer que dos personas tengan iguales alucinaciones, Brian. Por tanto, dijisteis la verdad. Los dos.

—Betsy... ¡Betsy a salvo! —Brian cerró los ojos—. Dios sea loado...

—Ven —le invitó ella, sonriente—. Os reuniréis ambos. Eso le hará algún bien a ella. Está destrozada psíquicamente.

Cuando se reunieron ambos jóvenes en otra de las blancas habitaciones de la clínica, un abrazo patético les unió. La doctora Payne sonrió, contemplándoles, aunque una luz de preocupación asomaba a sus ojos azules.

—Oh, Brian, creí que nunca más te vería... —gimió ella—. Mis tíos... tampoco parecen normales ya. Es... es como si no fueran ellos.

—Realmente, no lo son ya —suspiró Sheldon, sombrío—. Ni otros muchos...

—¿Tú lo sabes...? —Betsy le miró, angustiada—, Brian, ¿qué está ocurriendo aquí?

—Algo espantoso. Algo que no es de este mundo, Betsy. Te contaré...

En pocas palabras, le refirió la historia del OVNI. Ella le contempló estupefacta, sin poder creer lo que oía. Luego, rotos sus nervios, estalló en

amargo llanto. El trato de confortarla, mientras Susan Payne preparaba un sedante.

—Vamos, vamos, cálmate —le pidió—. Lucharemos contra eso. Como sea.

—No se puede luchar, Brian —gimió ella amargamente—. No es posible. Ellos pueden dominar a todos los habitantes de este pueblo, quizá de todo el Estado, del país... Puede ser el principio de una aterradora invasión...

—Sí, debe serlo. Pero serénate. Ya no estamos solos. Susan Payne está con nosotros, ella nos cree... Podemos luchar unidos, intentar algo, lo que sea...

—Ahora, creo que debéis descansar unas horas los dos. No podéis salir por ahí a continuar siendo perseguidos —anunció Susan suavemente, ya listo el sedante—. Escuchad, amigos míos. Voy a establecer en la clínica el sistema de alarma. Si alguien del exterior entra aquí, funcionará. Os tendré protegidos, y pondré sobre aviso a todo el personal. Vamos a iniciar esta lucha... y Dios quiera que la ganemos.

—Susan, ¿habrá alguna posibilidad? —dudó Brian—. Ellos... son muy fuertes.

—Lo supongo —suspiró la doctora, inyectando primero a Betsy, y luego a él—. Pero de todos modos, debemos correr ese riesgo. De todas formas, estamos en peligro. Por tanto, como tenemos la ventaja de *saber* lo que nos amenaza, intentaremos luchar, vencer de alguna forma. O, cuando menos, perecer luchando. Es un consuelo, después de todo, Brian.

—Sí, tienes razón, Susan —la miró, notando que el sedante comenzaba a hacer efecto—. Gracias por todo...

—Bah, no hables así —sonrió ella, alentadora—. Somos viejos amigos todos. Me debo a vosotros. Si es preciso, arriesgaré mi vida por salvar la vuestra, no lo dudéis.

Se encaminó a la puerta, resueltamente, mientras Sheldon apretaba la mano de Betsy, sintiéndose ya medio adormilado, vencido por el sedante, igual que ella.

—Es hermoso encontrar aún espíritu de sacrificio en las personas, cuando uno ha dejado de creer ya en tantas cosas, Susan —murmuró.

—Descansa y deja de torturarte —sonrió ella, volviéndose desde la puerta—. Creo que después de cuanto has sufrido estos años, mereces una mano amiga, Brian.

Y abrió la puerta, para abandonar la estancia.

Un grito agudo, de terror, brotó de labios de la doctora Payne. Graham intentó luchar contra las nieblas del sedante, inútilmente. Betsy exhaló un grito de angustia, ahogado por los efectos del fármaco.

En la entrada a la habitación de la clínica estaba el doctor Mason, seguido por varios hombres silenciosos y torvos, en cuyos rostros se apreciaba la misma estúpida expresión de los descerebrados.

La cara del doctor Nigel Mason sí revelaba aún inteligencia. Una

maligna inteligencia, procedente de «algo» ajeno a él mismo, que se alojaba en su ser.

—Lo siento, doctora Payne —anunció glacialmente, cerrándole el paso —. No va a ir a ninguna parte. Ni sus amigos tampoco... No hay adonde ir. El cerco se ha cerrado. ¿Ve cómo era inútil luchar, Sheldon?...

Brian, luchando ferozmente contra la modorra implacable, supo que estaban perdidos. Que «ellos» les habían cazado al fin.



Era el final.

La doctora Payne, mortalmente pálida, se apoyó de espaldas en el muro, contemplando con horror a los recién llegados. El doctor Mason parecía dirigir al grupo invasor de la clínica psiquiátrica. Avanzó hacia Betsy y Brian, resueltamente.

—Bien, amigos —dijo, sarcástico—. Ha llegado el momento. Vais a conocer el gran secreto. Un secreto que quedará con vosotros, porque ya no lo revelaréis a nadie. Seréis de los nuestros... Dejaréis de sufrir...

Angustiado, al borde de la inconsciencia, Sheldon clavó sus ojos dilatados en el médico, sabiendo que un momento más tarde, iba a saber cómo se producía el principio de la mutación. Pero ese conocimiento no le serviría absolutamente de nada, porque a partir de ese instante, ya serían parte integrante de la alucinante masa de hombres descerebrados.

La proximidad de Mason le causó un escalofrío. Le vio manipular algo en sus bolsillos. Las manos de Mason iban a reaparecer, para iniciar el proceso alucinante en sus personas...

Y justo en ese momento, ocurrió de nuevo lo increíble.

A la inversa, el prodigio se repitió. Un resplandor centelleante, blanquísimo y cegador, le envolvió por completo. La luz lo inundó todo, y creyó captar, muy lejano, un grito de ira y decepción en el doctor Mason.

Después, sumergido en esa luz, pareció flotar, navegar por otra Dimensión, hasta que esa luz se extinguió nuevamente, y sus ojos recuperaron la capacidad visual. Miró en torno, mientras parpadeaba, deslumbrado, y la luz se apagaba, se apagaba hasta ser tan sólo una claridad blanca, aséptica, radiante, pero perfectamente tolerable, y que definió en torno suyo las líneas de algo que le era ya familiar, porque no era la primera vez que lo veía.

Lanzó una exclamación de sorpresa y desaliento. Por un momento, había tenido la loca idea de que algo providencial le libraba de su trágica suerte. Ahora, empezaba a comprender que no había solución. Que, irremisiblemente, habían ido a parar a la propia boca del lobo, conducidos por la tremenda fuerza energética que poseían aquellos seres.

Estaba dentro del OVNI otra vez.

Y junto a él, en esta ocasión, se hallaban la doctora Payne y Betsy Graham. Toda huella de los efectos del sedante, había desaparecido de su mente. Y por el gesto vivo e inteligente de Betsy, comprendió que ella se hallaba en igual circunstancia.

—¿Qué significa esto? —oyó musitar a la doctora.

Brian se volvió a ella y murmuró cansadamente:

—Es el OVNI, Susan. Nos trajeron aquí, no sé con qué objeto... De lo que no hay duda, es que estamos en su poder de un modo definitivo. Contra sus recursos, es imposible luchar. Son capaces de todo, ya has visto.

En aquel momento, a su espalda, sonó una voz suave, melodiosa y apacible, desgranando las palabras lenta y serenamente:

—No de todo, humano. No de todo. Por eso estáis aquí. Para ayudarnos a conseguir lo que nos proponemos.

Sheldon dio media vuelta, sobresaltado, al creer identificar esa voz. Lanzó una exclamación de infinito asombro.

—¡Usted! —gimió—. No es posible... ¡Está muerto! ¡Yo le maté!

El recién llegado, era el cristalino y misterioso Kraal, el ser a quien él fulminó en su anterior visita a la nave espacial de Andrómeda.

CAPÍTULO VII

Tras un prolongado silencio la voz respondió a Brian, en tanto Betsy se acurrucaba contra él, y la doctora Payne contemplaba, absorta, al extraño ser de otro mundo.

—Sí. Estuve muerto, humano. Tú me causaste esa muerte. Pero entre nuestros recursos existe la posibilidad de devolver la vida a un ser que ha muerto, cuando su muerte es reciente y provocada por un fallo de nuestros circuitos.

—¿Circuitos? —repitió Brian, aturdido—. Entonces... no sois humanoides, realmente. ¡Sois robots!

—No, eso no es cierto. Sencillamente, poseemos unos circuitos de energía injertados en nuestros cerebros. Eso potencia nuestras mentes y prolonga nuestra vida. Tú dañaste uno de ellos y, clínicamente, estuve muerto. Nuestros regeneradores de circuitos vitales resolvieron el problema. Y vuelvo a vivir.

—De modo que no logré nada... Seguís adelante con vuestra obra. ¡Os estáis apoderando del mundo, de los seres humanos que lo pueblan! ¡Los convertís en marionetas, desprovistas de cerebro! ¡Eso es un crimen masivo, horripilante!

—Tienes razón, humano —asintió Kraal, apaciblemente—. En nuestro mundo, el lejano planeta Xaak, de Andrómeda, atentar contra otra clase de vida, sea cual sea, es un crimen. Un delito que se paga con el exterminio de los culpables.

—Y a vosotros, entonces, ¿quién os extermina? —replicó agresivo Sheldon.

—Serénate, humano —suspiró el extraterrestre—. Nunca escuchas lo que se te dice. Sois una raza impulsiva y poco serena, medianamente inteligente, aunque llena de orgullo y de agresividad. Cuando estuviste aquí en la anterior ocasión, ni siquiera me dejaste terminar mis palabras, sino que me agrediste violentamente con ánimo de matarme. Yo justifico y comprendo tus impulsos, porque en ti existe un error vital.

—¿Error? ¿Qué error? ¿Acaso me engañan mis ojos, mis sentidos?

—No, no te engañan —movió la cabeza de blancos cabellos sedosos y rostro de superficie vidriosa—. Pero escucha, humano: yo entonces te dije que en todos los mundos del Cosmos hay seres que se nutren de los demás. Pero que nosotros no somos de esa clase. Esto último, no me lo dejaste decir. Como tampoco me dejaste que te informara de que, desgraciadamente, esos seres que cometen tales delitos, a veces se salen con la suya, por mucha que sea la vigilancia que sobre ellos se ejerce. Ese es el caso que nos ocupa.

—No te entiendo, Kraal —declaró Brian, desconfiado.

—Es muy sencillo: nosotros hemos venido a vuestro planeta desde Andrómeda. Pero no con afán de conquistar ni ideas de invasión. El motivo de nuestra presencia aquí, es perseguir y destruir a los *Zogoos.*

—A los... ¿qué? —gruñó Brian.

—*Zogoos.* Seres inferiores de nuestro mundo. Pero lo bastante inteligentes, astutos y poderosos para poder atacar a su modo, y destruir cualquier forma de vida, haciéndose auténticos parásitos de otros seres vivientes. En realidad, sólo como parásitos existen y medran. E incluso pueden alcanzar un tamaño gigantesco y un poder colosal, que los haría indestructibles, si dispusieran de una fuente energética adecuada para tal mutación.

—No entiendo una sola palabra. ¿Quiénes son ellos?

—Los que invadieron vuestro planeta. Llegaron aquí casualmente, en una nave de castigo donde debían permanecer por una eternidad, agotándose paulatinamente. Algún fenómeno cósmico les lanzó a la Tierra, y aquí se liberaron, comenzando su labor de invasión y exterminio. Los seres humanos fueron la forma ideal para ellos, al igual que todo animal racional o irracional. Su naturaleza de parásitos, les obliga a sobrevivir a costa de los demás. Nosotros hemos sido designados por nuestro Supremo Poder, para llegar al planeta que esos seres visitan, y destruirlos lo antes posible. Antes de que puedan hallar una fuente energética capaz de mutarles en un peligro horrendo, que nosotros mismos no podríamos controlar ya... y que quizá terminaría por destruirnos.

—En resumen: ustedes parecen ser ahora nuestros ángeles guardianes, y no nuestros invasores —dudó aún Sheldon, contemplando al misterioso Kraal.

—No conduciría a nada mentirte, humano —sonrió el hombre venerable de otro planeta—. ¿No lo comprendes? Estamos aquí para ayudaros a vosotros. Os hemos rescatado, justo a tiempo, en una onda energética de traslado, desde el lugar donde ibais a ser absorbidos por los parásitos *Zogoos,* hasta nuestra nave. Los tres estáis a salvo. Y si lo hemos hecho, además de motivarlo el simple hecho de salvar tres vidas humanas, es para que, unidos, luchemos ahora contra ese peligro que se desencadenó sobre vuestro mundo.

—Ante todo, una pregunta, Kraal —trató de serenarse Brian—. ¿Qué *cosa* son, exactamente, los... los *Zogoos* malditos?

—Exactamente, *esto* —dijo con simplicidad Kraal.

Pulsó un botón de la computadora, y se iluminó una de las ovoides pantallas visoras. El, la doctora Payne y Betsy Graham lanzaron a la vez un mismo grito de asombro y repugnancia.

En la imagen era visible claramente un tarro de material transparente como el cristal, de forma esférica, repleto de algo que se movía y agitaba de modo repugnante, captado muy de cerca.

—¡Dios mío! —se erizaron los cabellos de Brian Sheldon, recordando algo que estaba en su memoria y llegó ahora de golpe a su conciencia—.

* * *

—Orugas, eso es. Gusanos, larvas... lo que quietan llamarles...

—Las orugas que pululan en la tierra, en los charcos... ¿son los *Zogoos?* —insistió, horrorizado, Sheldon.

—Las que se ven *ahora* en Berkeville, sí —asintió Kraal calmosamente —. Ellos son los parásitos asesinos de nuestro planeta. Hay que destruirlos cuanto antes. O terminarán destruyendo ellos a su ciudad. Y eso, será sólo el principio de una invasión a escala mundial.

—Dios mío, es horrible... —temblaba Betsy con el rostro mortalmente pálido—. Pensar que he visto en estos días de lluvia tantas y tantas orugas en charcos y campiña... ¡Pensar que me estaban acechando miles de ojos enemigos, ávidos de transformarse en mis parásitos!

—Así es, humana —afirmó Kraal, mirándola con ternura—. Pero las larvas necesitan de un vehículo para iniciar su escalada. Tal vez hallaron a un simple animal, se apoderaron de él, el animal pasó a su vez a los parásitos a un vagabundo que dormía... y así sucesivamente. La cadena se inicia. Cada poseído lleva consigo más larvas, que deposita en otros.

Brian se estremeció, recordando el momento en que el doctor Mason introdujo la mano en su bolsillo, para iniciar su mutación. Iba a depositar larvas, orugas...

—¿Dónde, Kraal? —preguntó, angustiado—. ¿Dónde depositan esas larvas inicialmente?

Kraal se acercó a él. Tocó sus orejas, sus fosas nasales, su boca. Brian sufrió una convulsión y notó náuseas. Betsy y la doctora Payne se miraron con horror.

—Así —dijo sencillamente el ser de Andrómeda—. Penetran por las cavidades, y van directas al cerebro. Lo adormecen inicialmente... y *COMIENZAN A DEVORARLO.*

—Oh, no... —sollozó Betsy, trémula.

—Siento que ello sea repugnante para ustedes. Es así. Finalmente, el ser queda descerebrado. Pero en su cráneo, en su vacío cráneo, queda siempre UNO de los gusanos, controlando sus actos. Los demás... se extienden por el cuerpo, se alojan en él, se nutren de sus células, de sus alimentos... En realidad, el cuerpo viviente que ustedes ven, no es tal, sino una envoltura en cuyo interior... hay miles de larvas en vida parasitaria.

—Pero usted habló de un posible agigantamiento... —apuntó bruscamente la doctora Payne que seguía, fascinada, las explicaciones del alienígena.

—Cierto. Eso se producirá en cuanto hallen un centro energético capaz de suministrarle una forma de energía que desarrolle sus células. Me temo que ese lugar, existe aquí, en Berkeville...

—*¡La central nuclear!* —gritó roncamente Brian Sheldon, iluminado de golpe por la terrible idea.

—Cielos... —la doctora Payne mostró su agitación—. Si llegan hasta allí... estamos perdidos. Absorberán la energía atómica... ¡y se harán devastadoramente grandes!

—Sí. El crecimiento monstruoso se iniciará en cuanto asalten la central, entrando en ella de un modo sutil, subrepticio, como ellos lo hacen siempre.

—Es decir, *dentro* de algún ser humano poseído por ellos... —apuntó Brian—. Uno cualquiera de los funcionarios de la central atómica... bastaría para iniciar el proceso.

—Sí, me temo que sí —les miró fijamente Kraal—. Ustedes, solamente ustedes, pueden ayudarnos a terminar con esa plaga y que ellos encuentren su definitivo castigo.

—¿Nosotros? —dudó Betsy, amargamente—. ¿Qué podemos hacer, con nuestras pobres fuerzas?

—Sus fuerzas no bastarían, ciertamente. Pero nosotros no podemos acercarnos a ellos. Nos detectan y se ocultan. Tenemos que obligarles a salir, para desde aquí aniquilarles mediante unas radiaciones especiales que causan su destrucción. Para ello, es preciso acumularles en una sola zona. Es obvio qué zona será ésa, cuando deseen reunirse todos, para su proyectada idea del crecimiento desorbitado.

—La propia central nuclear... —apuntó Brian Sheldon, en tensión.

—Exacto. Ustedes irán allá. Y tratarán de vencer al enemigo común. Piensen que, de tener éxito, el peligro se habrá conjurado. Hasta el último de ellos perecerá.

—Si nosotros vamos allí... seremos poseídos por los parásitos —apuntó la doctora.

—Si van tal como están ahora, evidente —sonrió Kraal, enigmático—. Pero para algo les hice volver a esta nave. Les vamos a proporcionar los medios de lucha y autodefensa necesarios. Piensen que es una lucha común. El enemigo ha cometido los más atroces delitos. Debe perecer.

—¿Qué es lo que va a proporcionarnos, exactamente? —quiso saber Brian, perplejo.

—Vengan conmigo, y lo sabrán —suplicó amablemente Kraal, inclinándose y mostrando una puerta que, silenciosamente, se abría en uno de los blancos paneles luminosos del interior de la nave espacial.

Brian tomó con fuerza una mano de Betsy, y echó a andar. Susan Payne les siguió. Kraal fue con ellos, hacia las misteriosas entrañas de la nave de Andrómeda.

* * *

Lamont Fuller, el hombre más rico y poderoso de Berkeville, era, además, el director general de la central de energía nuclear instalada recientemente en la zona.

En calidad de tal, se encaminó aquella mañana, como tantas otras, en su «Land Rover», a través de la campiña encharcada, en dirección al recinto herméticamente acotado, y donde sólo el personal debidamente autorizado tenía acceso libre.

Por el camino, muchas orugas fueron aplastadas por las ruedas de su coche, y otras muchas se aposentaron en las rendijas de los neumáticos o en los guardabarros, pero Fuller no le dio la menor importancia a eso, porque en el campo, tras muchos días de lluvia, siempre había abundancia de esas repugnantes criaturas.

Fuller sabía ya que el ex convicto Brian Sheldon, el hombre que fue a prisión por el homicidio de su hijo Derek, estaba libre ya, y de regreso en Berkeville. Una fría ira dominaba sus pensamientos. Además, el *sheriff* Jarvis le había informado por teléfono aquella madrugada, sobre una serie de raros acontecimientos relacionados con Sheldon, que había agredido a un comisario y al propio *sheriff,* robando a éste su revólver y huyendo. Por otro lado, una fantástica historia sobre unas personas que él aseguraba eran peligrosas, había sido narrada por Sheldon a Jarvis, poco antes de suceder los acontecimientos por los que ahora era buscado Brian Sheldon, para encarcelarlo de nuevo.

El cacique de Berkeville sentía cierta ira por todo eso, pero también una especial complacencia en que, de nuevo, el hombre que mató a su hijo pagara con la cárcel sus desmanes.

«Hay gente que jamás debería salir de la prisión», fue lo que pensaba en estos momentos Fuller, mientras el «Land Rover» atravesaba ya el último trecho hasta el acceso a la central nuclear.

Se identificó en la entrada de la alta verja, y fue autorizado a pasar con el vehículo. Él no podía saber que, en las ruedas y guardabarros del «Land Rover», la muerte y el exterminio viajaban con él, en forma de siniestros parásitos llegados de remotos mundos.

El invasor había penetrado ya donde quería. Estaban dentro de la planta nuclear. Pero les faltaban fuerzas propias para iniciar el ataque. Un ser humano sería su vehículo inicial.

Y ese ser, no era otro que el propio Lamont Fuller. Cuando bajó del «Land Rover», unas orugas reptaban sigilosamente por su espalda, aproximándose paulatinamente a su nuca. Otras, empezaban a reptar por los pantalones, fundiéndose en los pliegues de la recia prenda de pana.

El ataque se iniciaba, silencioso y cauto. Cada fase de su invasión, estaba cuidadosamente medida por los gusanos. Eran físicamente débiles, pero

poseían inteligencia sobrada, bajo su apariencia diminuta y repulsiva, para moverse astutamente en la dirección planeada.

Ignorando la proximidad de su terrible suerte, que sería a la vez la de la propia planta nuclear y la de todo Berkeville, para comenzar luego a mayor escala el ataque masivo a la Humanidad, Lamont Fuller caminó hacia su despacho. Las orugas que subían por su cuerpo sabían que sólo podían ser auxiliares del plan principal a desarrollar, ya que siempre era preciso, en tales casos, el auxilio de otro poseído, para inocular las orugas dentro del cuerpo del elegido.

Y ese alguien, tranquilo, frío, impávido, esperaba ya en el despacho de Fuller: era el doctor Nigel Mason.

—Hola, doctor —saludó Fuller, como todas las mañanas en que era visitado por su médico, cosa que sucedía dos veces por semana, antes de iniciar el trabajo cotidiano—. ¿Todo bien?

—Perfectamente —suspiró el médico, clavando sus helados ojos con apariencia amable en su paciente, poniéndose en pie al llegar él—. Anoche nos dio un poco de trabajo a todos, el retorno de ese joven, Brian Sheldon, pero ya pasó, afortunadamente.

—He oído hablar de ello. Jarvis me contó algo —asintió Fuller, con un gesto de ira mal contenida en su rostro—. ¿Qué pasó, doctor?

—Nada especial. O ha vuelto trastornado, o tiene ganas de jaleo, para vengarse de todos nosotros, Fuller. En fin, dejemos eso ahora. Veamos cómo anda esa salud hoy... No debe dejar de examinar su corazón frecuentemente, amigo mío. Este acostumbra a jugarnos malas pasadas...

Asintió Fuller, quitándose su chaqueta, que puso sobre la mesa. Se sentó, mientras el doctor Mason se inclinaba sobre él, para examinarle. Hundió la mano en su maletín.

—Veamos con el estetoscopio —dijo, mientras su mano, lejos de la visión de Fuller, empuñaba en vez del instrumento médico un puñado de repugnantes formas viscosas, blancuzcas y alargadas, unas orugas ávidas de penetrar por boca, oídos y nariz del paciente, para llegar cuanto antes al cerebro, que devorarían con voracidad, iniciando el proceso de mutación en su víctima.

Suspiró Fuller, entornando los ojos cansadamente, como acostumbrada a hacer. La mano de Mason se elevó hacia su cabeza, con las orugas a punto, rígidas, pendientes del acoso inmediato.

Mientras tanto, una oruga se deslizaba ya por el cuello de su camisa, y otra llegaba a su cintura. Algunas, reptaban sobre la mesa, abandonando la chaqueta de pana, para ir hacia el escogido.

Fuller no tenía escapatoria. En breves instantes, sería invadido por la masa de repulsivas criaturas.

Y él, ni siquiera podía sospecharlo.

Súbitamente, la luz centelleó dentro de la oficina de Lamont Fuller.

El doctor Mason exhaló un grito de terror, girando la cabeza, y soltando

las larvas que, ante el estupor horrorizado de Fuller, corrieron sobre su vientre y brazos, enloquecidas.

La luz era como una esfera de fuego blanco, brillando cegadora en medio del despacho. Al disolverse, una figura estaba allí, materializada, para asombro infinito del cacique, y sorpresa y disgusto del médico poseído.

—¡Brian Sheldon! —rugió Fuller, perplejo—. ¿Qué significa...?

—¡Maldito! —rugió Mason—. ¡Kraal te envía!

—Sí. Mason... o lo que quede de ti ya en ese pobre cuerpo —acusó Brian, envuelto en una rara luminiscencia, como si su cuerpo fuese todo él fosforescente—. Me envía Kraal. Tu juego ha fracasado. Todos vais a ser destruidos, cuando tan cerca teníais el triunfo. He visto ya a todas tus criaturas allá fuera, esperando, acechando el momento en que provocaríais la descarga nuclear capaz de alimentar sus células iniciando un monstruoso crecimiento...

Mason exhaló un alarido. Intentó escapar. Las orugas se retorcían, mientras algunas eran apartadas de violentos manotazos por el estupefacto Fuller. A Brian le bastó extender un brazo.

De sus dedos partió algo así como una serie de centelleantes rayos azules, que cayeron sobre Mason y las orugas dispersas por el despacho. Nada le sucedió a Fuller, junto al cual pasaron esos rayos sin causarle impresión alguna.

Pero de repente, el cuerpo de Mason reventó, igual que si fuese un simple globo o una envoltura plástica, y de su piel desgarrada, emergieron cientos, miles de repugnantes orugas, formando una masa fofa, blanda y blancuzca, en movimiento. Mas apenas los rayos azules de los dedos de Sheldon alcanzaron a las horripilantes criaturas de Andrómeda, éstas se convirtieron en simple polvillo, mientras el cuerpo del infortunado doctor era sólo un esqueleto envuelto en piel, repulsivo y atroz, hasta entonces simple depósito de parásitos inteligentes y crueles.

Su rostro solamente parecía normal, aunque Brian sabía que, tras aquella frente, sólo una oruga solitaria regía el vacío cerebro. Una oruga que su rayo había exterminado, puesto que una pulpa viscosa y blanca chorreó por una de sus fosas nasales. Era todo lo que quedaba del gusano inteligente.

—Brian, ¿qué... qué significa todo esto? —jadeó Fuller, lívido de horror.

—Significa, señor Fuller, que usted era el elegido para convertirse en otro ser espantoso como el pobre doctor Mason. Esas orugas lo invaden ya casi todo. Vea, vea por esa ventana...

Fuller, demudado, tambaleante, se asomó a la ventana que Brian Sheldon le señalaba. Miró a la distancia, más allá de las altas verjas de seguridad, y un escalofrío agitó su cuerpo.

—Pero qué... ¿qué es *eso,* qué está sucediendo *aquí?* —gimió.

Millones de orugas invadían el campo, blanqueándolo, haciéndose a la entrada de la central nuclear, para estupor y pánico de sus armados guardianes, cuyos disparos nada lograban contra aquella masa en movimiento, blanda y repugnante. Empezaban a reptar por las alambradas, a penetrar a

través de éstas como una oleada incontenible.

—Es una plaga devoradora de vida humana. Parásitos inteligentes de otro planeta. No me pregunte cómo lo sé, Fuller, ni cuál es mi actual poder. Sabrá todo eso a su debido tiempo. Ahora, vea eso...

—Ya... ya veo... ¡Es espantoso! Nos arrollará a todos, nos destruirá... ¿Cómo puede impedirse que eso nos devore?

—De un modo sencillo, cuando se posee la fuerza suficiente y «ellas» ignoran que nosotros la poseemos. Ni siquiera tendrán tiempo a ocultarse. Vea...

Repentinamente, dos bolas de luz blanca se materializaron junto a las alambradas de la central nuclear. Cegados, retrocedieron los guardianes. Las orugas se agitaron, en una aterrorizada sorpresa repentina. Pero ya era tarde para intentar evadirse, ocultarse, huir de allí.

Se materializaron, también luminosos, los cuerpos de Betsy Graham y la doctora Payne. Sus manos se extendieron hacia la masa ingente de larvas.

Rayos semejantes a los que viera Fuller en los dedos de Brian, arrasaron la multitud de orugas inteligentes. El mismo extendió sus brazos, y sus rayos se unieron a los de sus dos compañeras, empezando a convertir el amplio terreno en un cementerio repugnante de cuerpos encogidos, rotos, triturados por una fuerza increíble y desconocida, que brotaba de los cuerpos de los tres jóvenes.

Cuando la destrucción de orugas era masiva ya, una luz verde, fulgurante, brotó de detrás de la colina, se elevó en el cielo, y flotó sobre la masa de gusanos. Cayó una centella azul en su centro, y un temblor sacudió la zona.

Al extinguirse la luz azul, ni una sola oruga quedaba con vida. En una amplia extensión, los siniestros *Zogoos* de Andrómeda eran ya sólo residuos de una pesadilla que jamás se repetiría. Hasta el último ser había sido exterminado por la luz azul.

Luego, rápidamente, la nave espacial se perdió en las alturas, describiendo un giro sobre la planta nuclear, como una muda despedida a tres terrestres que fueron durante unas horas sus especialísimos huéspedes...

Luego, nada. La nave se perdió definitivamente en la distancia. Brian, Susan y Betsy le hicieron una despedida con un breve ademán de gratitud. Y después, lentamente, se extinguió la luz azul de sus cuerpos.

La energía de que les dotara Kraal para exterminar a las orugas asesinas había cumplido su misión. Volvían a ser ellos mismos, y no unos superdotados capaces de sorprender a los *Zogoos.*

—Ahora, todo acabó, Fuller —dijo lentamente Brian Sheldon al cacique, mirándole profundamente—. Debemos la vida a unos seres llegados de lejos. De muy lejos...

* * *

—Pero... ¿por qué ustedes, precisamente? —quiso saber Lamont Fuller, contemplando a los tres jóvenes, mientras el *sheriff* Jarvis, demudado y atónito, asistía a la reunión en casa del cacique, anfitrión ahora de todos ellos —. ¿Es que los seres de Andrómeda no podían por sí mismos vencer a los gusanos de su propio mundo?

—No. Por una razón muy sencilla. Los gusanos detectaban inmediatamente la presencia de un ser de su mundo, y se ocultaban donde no podía alcanzarles la energía devastadora de los seres de Andrómeda, los conciudadanos de Kraal, que son una raza inteligente, superior y pacífica, que ama el equilibrio de los mundos y el mutuo respeto entre los seres que lo pueblan. Sólo nosotros, unos terrestres, podíamos llegar cerca de las orugas, proyectados por medio de sus sistemas de traslación física, para actuar antes de ser intuida nuestra intención y nuestro accidental poder superior.

—Es alucinante... —Jarvis sacudió la cabeza, aturdido—. Nadie va a creerlo cuando lo contemos.

—Tal vez sea mejor callarlo, para que el mundo no se asuste —comentó Fuller, sombrío—. Cualquier día, podemos sufrir otra invasión parecida. O tal vez no. Pero es preferible que nadie la esté temiendo en todo momento... Ahora, serán enterrados los pobres ciudadanos que murieron víctimas de la «invasión» de sus cuerpos y cerebros por esos parásitos, como si hubiéramos sufrido una rara epidemia... y eso será todo.

—Muy bien, señor Fuller, pero respecto a las agresiones de Sheldon anoche... —comentó Jarvis, ceñudo.

—Olvídelas —suspiró Fuller, mirando a Sheldon pensativo—. Después de todo, él tenía sus razones para actuar así. Y su propia rebeldía nos salvó a todos...

—Gracias, señor Fuller —dijo Sheldon, sincero—. Me alegra ver que ni guarda rencor hacia mí. Le juro que fui inocente. Yo no maté a su hijo.

—Dejemos eso ahora. Tratemos de olvidarlo todos... —rogó Fuller, sombrío.

—No. No se puede olvidar —terció Susan Payne— Ahora, menos que nunca, señor Fuller. Hemos salido de un horror increíble, y no sería justo seguir callando, sufriendo... Creo que todos los humanos debemos ser más sinceros, más valientes, para merecer una ayuda como la que hoy nos llovió del cielo.

—¿Qué quiere decir, doctora Payne? —se extrañó Fuller.

—Es el momento de entregarme a la ley, Jarvis, arrésteme.

—¿A usted, doctora? —tartajeó Jarvis—. Pero ¿por qué?

—Porque yo... yo *maté a su hijo,* señor Fuller.

—¡Susan! —un grito ronco escapó de labios de Brian Sheldon, incrédulo

—Doctora, ¿qué está diciendo? —musitó Fuller, palideciendo.

—Lo confieso ahora, demasiado tarde. Brian, perdóname alguna vez, si puedes. Tuve miedo. Era tan joven entonces... Tú y Derek os habíais dado una buena paliza. Luego, lo encontré yo en la calle... Iba a pedirle explicaciones, ayuda. Yo era menor... y estaba embarazada. Era cosa suya. Me insultó y me golpeó, airado, echándome de allí. Me cegué. Tome una piedra del suelo, le golpeé... y cayó. Muerto... Luego huí, horrorizada, me alejé un tiempo de Berkeville, me hice quitar el hijo... y quise olvidar.

—Usted... —Fuller, miró estupefacto, a la joven doctora—. Pero dejó a un inocente durante cinco años en la cárcel...

—Lo sé —sollozó ella—. Lo sé... Tuve miedo, fui cobarde, egoísta... Ahora espero purgar esos errores... Brian, perdóname alguna vez...

—¡Estás perdonada, Susan —dijo él, roncamente—. No te guardo rencor. Te comprendo...

—Gracias... —musitó entre lágrimas, cuando Jarvis la esposaba—. Gracias... a todos.

Salió de la estancia. Un profundo silencio reinó en ésta. Fuller tendió su mano a Sheldon. La, apretó con calor.

—Perdóneme también a mí, Sheldon —rogó—. Si es que puede...

—Usted ya lo había hecho conmigo, pese a creerme culpable —sonrió amargamente Brian.

—¿Cómo iba a ser yo peor? Está todo olvidado. Y que Dios ayude a esa pobre chica ahora...

—Seguramente lo hará. Como nos ayudó a todos... —miró al cielo—. Aunque Dios viniese en esta ocasión desde Andrómeda...

Brian asintió, abrazando a Betsy contra sí.

F I N

Notas

[←1]

Aproximadamente, un metro y medio escaso.

[←2]

Como es sabido, siglas mundialmente utilizadas para referirse a la Science Fiction o Ciencia Ficción.